

GONZÁLEZ BOCANEGRA, FRANCISCO (1824-1861)

*VASCO NÚÑEZ DE BALBOA*

Vasco Núñez de Balboa, drama en cuatro actos, en verso, estrenado el 14 de septiembre de 1856 en el Teatro de Iturbide por la Compañía Dramática de Rafael Oropeza, con María Cañete, Josefa García, Juan de Mata Ibarzábal, Manuel Fabre, en los papeles centrales; en Francisco González Bocanegra. Su vida y su obra, ed. Imprenta Universitaria, Serie Letras, México, 1954.

PERSONAJES:

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

HERNÁN NÚÑEZ.

FULVIA.

PEDRARIAS DÁVILA.

DOÑA ISABEL BOBADILLA.

OLIVER.

CAPITÁN DE GUARDIAS.

UN SOLDADO.

(Un sacerdote, un verdugo, séquito de Pedrarias, soldado de vasco, acompañamiento.  
La escena es en Santa María la Antigua de Darién, siglo XVI.)

ACTO PRIMERO

(Cabaña que sirve de habitación a Vasco Núñez de Balboa. Puerta de salida en el fondo, y por la cual se descubre el campo; puerta a la izquierda que comunica con el interior de la habitación; ventana ala derecha, desde la cual se supone que se descubre el mar: mesa y bancas.)

ESCENA I

(Fulvia a la ventana. Hernán Núñez que entra por el fondo.)

HERNÁN.-¿Aquí Fulvia y tan a solas?

FULVIA: Esperando a los que vienen.

HERNÁN.-¿Y qué tal con vos se avienen las costumbres españolas?

FULVIA.-No me son del todo extrañas.

HERNÁN.-Mas el traje, vive Dios  
siempre nos revela en vos  
a la hija de estas montañas.

FULVIA.-Sí.

HERNÁN.-¿Esperas?

FULVIA.-Can ansiedad.  
¡Cuánto Vasco en llegar tarde!

HERNÁN.-Cada hora para el que aguarda  
es, Fulvia, la eternidad;  
pero bien pronto el ausente  
vendrá a calmar vuestro anhelo.

FULVIA.-Hernando, quiéralo el cielo.

HERNÁN.-Y caballero y valiente  
a los pies de la que adora  
vendrá a poner con amor  
los lauros que a su valor  
debió en el campo, señora.

FULVIA.-¡Cómo ese amor me atormenta  
y la calma me arrebatata!  
Mas no puedo serle ingrata  
que aquí también se alimenta,  
(Señalando el corazón.)  
los lauros que veo a mis pies  
con sangre están adquiridos,  
la sangre en que están teñidos  
de mi sangre la sangre es.

HERNÁN.-¿Y en vuestro pecho se encienden  
los mal extintos rencores?

FULVIA.-Su Dios sólo y sus amores  
los de mi raza comprenden;  
y si alguna vez batalla  
mi razón contra mi amor

calla mi razón, señor,  
porque mi amar la avasalla.

HERNÁN.-Luego...

FULVIA.-¿Me juzgáis dichosa?'

HERNÁN.-Nada os atormenta.

FULVIA.-¡Nada  
y Hernando, estoy condenada  
a no ser de Vasco esposa!  
No sabéis que una barrera  
se levanta entre los dos,  
porque él espera en un Dios  
en que su Fulvia no espera!  
Y cuando lloro y me aflijo  
transijo con mi razón  
¡ay! con mi religión;  
Hernando, yo no transijo.

HERNÁN.-Errada es vuestra creencia.

FULVIA.-¿Errada?... tal vez.

HERNÁN.-Sí, sí.

FULVIA.-Ésa fue la que aprendí  
del que me diera existencia,  
al que vos llamáis el sol,  
al que al venir la mañana  
el cielo tiñó de grana  
y purísimo arrebol  
que con su mirada ardiente  
da vida a las flores bellas,  
y apaga de las estrellas  
el centellear refulgente;  
viéronlo al nacer mis ojos,  
mis padres me lo enseñaron;  
y niña aún, me llevaron  
a ponerme ante él de hinojos  
al verlo el alma no, duda,  
y aunque se ostenta tan lejos  
a sus primeros reflejos,  
con el ave los saluda  
y cuando la noche oscura

contemplarlo nos impide  
de él el alma se despide  
con el aura que murmura.

HERNÁN.-¡Pobre Fulvia!

FULVIA.-En mis errores,  
si así los llamáis, dejadme;  
y más bien, Hernando,  
habladme de Vasco,  
de mis amores.

HERNÁN.-¿Le amáis mucho?

FULVIA.-¿Cómo no?  
Si de mi padre en la muerte  
sólo él fue quien de la suerte  
de esta huérfana cuidó...  
En sangrienta lid, cual bravos,  
mi padre y él se encontraron,  
cuando los nuestros triunfaron  
nos hicieron sus esclavos.  
"Que el bravo cacique viva",  
dijo el español guerrero,  
y generoso su acero trocó  
por rama de oliva:  
y aquel cacique enemigo  
como Vasco generoso,  
no turbó vuestro reposo  
y convirtióse en amigo;  
aquí le visteis vivir  
con su hija ufano y tranquilo,  
éste fue su último asilo  
y aquí le vimos morir;  
y hasta en la muerte leal  
Vasco con mi padre fue,  
y en su amor ¡ay! encontré  
un nuevo amor paternal...  
¡Paternal! mentira, Hernando,  
el amor que nos tenemos  
él y yo lo comprendemos,  
mas sólo se explica amando.  
¡Ay cuánto tarda en llegar!

(Acercándose a la ventana.)

Nadie a lo lejos diviso y temo...

HERNÁN.-Será preciso  
tranquila, Fulvia, esperar,  
pero desconfiad más bien,  
que le esperen otros males  
al volver con sus parciales,  
en el Istmo de Darién.

FULVIA: ¿No vuelve lleno de gloria  
y de laureles cubierto?  
¿No es quien a Darién ha abierto  
nueva página en la historia?  
¿Quién en aqueste hemisferio  
los mares descubrió que él?  
¿Qué vasallo ensanchó fiel  
de Castilla el nuevo imperio?

HERNÁN.-Pero olvidas por ventura  
que antes que Vasco partiera,  
Enciso en nave velera  
dejó esta playa insegura,  
y a impulso de torpe saña  
ha acometido la empresa  
de defender a Vienesá  
ante la corte de España  
y a Vasco, infame culpando,  
le hará aparecer traidor  
y cobarde y sin honor,  
ante el Monarca Fernando.

FULVIA.-¡Ah! si el monarca da oído  
a calumnia tan infame,  
el mundo a Fernando llame  
el monarca envilecido...  
¿Teméis...?

HERNÁN.-Un presentimiento  
es de tanto mal prelude.

FULVIA.-Pero el alcalde Zamudio  
de Enciso fue en seguimiento:  
él en la corte debía  
leal a Vasco defender,  
y Hernando, debéis tener  
carta alguna.

HERNÁN-Desde el día,  
Fulvia, que la recibí  
el que se abra me da miedo;  
es para Vasco, y no puedo  
abrirlo. La traigo aquí.. (Mostrándola.)

FULVIA.-(Reconociéndgla.)...  
De Zamudio es la escritura.

HERNÁN.-A Vasco la entregaremos  
y de su boca sabremos  
si bien o mal nos augura.  
Nada, Fulvia, os asegura  
que contra Vasco tolero,  
y si le ofenden, yo muero  
defendiéndolo os lo juró:  
con razón o sinrazón  
si el Rey tiene a Vasco en poco  
yo mismo en Darién provocó  
contra el Rey la rebelión  
y es él el Gobernador,  
o yo en Darién conspirando  
hago que cese Fernádo  
de ser en Darién, Señor.

FULVIA.-¡Gracias! (Con: alegría. )

HERNÁN-Guardad el secreto,  
que si Vasco lo adivina lejos de aquí me destina y...

FULVIA.-Callaré, lo prometo.

## ESCENA II

(Los anteriores y un soldado que entra por él fondo.)

SOLDADO.-Cerca de aquí sin tardanza  
gente de nosotros viene,  
que armas y estandartes tiene.

FULVIA.-(Muy contenta.)  
¡Ya se cumpliero mi esperanza!

(Yendo presurosa a la ventana.)

¡Ay! se alegra el corazón;  
venid, Hernando, a mirarlos.  
¡Ah! ¡corrarnos a abrazarlos!  
¡Es mi Vasco!

HERNÁN.- (A la ventana.) Sí, ellos son.

(Hernando y Fulvia van a salir apresuradamente por el fondo, en el momento en que Vasco entra con acompañamiento de soldados, pueblo.)

### ESCENA III

(Los anteriores, Vasco con su acompañamiento trae el estandarte con las armas de Castilla. Al entrar abraza alternativamente a Fulvia y a Hernán; como lo indican los versos.)

VASCO.- ¡Fulvia !

FULVIA.- ¡Mi Vasco!

VASCO.- Hernando, a vuestros brazos  
Felice me devuelve la fortuna!

FULVIA.- Las lágrimas secando que una a una  
vertida el corazón hecho pedazos.

VASCO.- Si estoy contigo lo pasado olvida,  
sirviendo por consuelo a sus pesares  
que daré a conocer ignotos mares.  
fue el éxito feliz de mi partida:  
mis laureles, mis triunfos,  
cuanto traje todo te pertenece.

FULVIA.- (Con amor.) ¡Ay más valiera  
que mi Vasco de aquí nunca se fuera!

HERNÁN.- La relación oigamos de tu viaje.

VASCO.- Te reconozco, Hernando; buen guerrero  
a las sangrientas lides avezado,  
otra cosa jamás te ha cautivado  
que los triunfos sangrientos del acero.

HERNÁN.- Soldado y español, yo los pendones  
quiero mirar doquiera, de Castilla,

y gozo cuando miro que se humilla  
un nuevo mundo a sus robustos leones.

FULVIA: (Con amarga energía.)  
Aunque miles y miles de inocentes  
caigan sin culpa y sin piedad heridos,  
y al yugo vil impuesto a los vencidos  
tristes se inclinen las altivas frentes  
¡Tanta, es vuestra crueldad!

VASCO.-¡ Fulvia!

FULVIA.-Perdona si en palabras, audaz,  
ahora te ofendo; pero a mi pobre raza la defiendo  
aun cuando el mismo cielo la abandona.

VASCO.-(Aparte a Hernán.)  
Justo es, Hernando, justo que la aflija  
el infeliz recuerdo de la historia.  
¿Cómo habrá de borrarse en su memoria  
que de un noble cacique naciera hija?

(A Fulvia.)

Cálmate, Fulvia, te lo ruego.

FULVIA.-Mucho  
a veces un recuerdo me atormenta.

VASCO.-¡Cálmate!

FULVIA.-Sí, pero tus triunfos cuenta,  
que por tuyos no más yo los escucho.

VASCO.-¡Hablaré! pues lo quieres: arrobado  
oye, Hernando, mi breve narración,  
y palpita al oírla el corazón  
del alivio español, del buen soldado.  
Del noroeste los vientos favorables  
que al salir de Darién nos protegieron,  
a mis pequeñas naves impidieron  
a través de esos mares insondables;  
mi bergantín velero y mis piraguas  
ornadas con gallardas banderolas,  
raudas surcaron sus salobres aguas:  
en Dios mi corazón, y en la una mano



mi no vencido formidable acero,  
tremolaba con la otra ese altanero  
y querido pendón del Castellano.  
Un día cuando el sol apenas raya,  
cual faja de esmeraldas, a lo lejos  
mis ojos a la luz de sus reflejos  
miraron extenderse fértil playa.

HERNÁN.-Solitaria tal vez.

VASCO.-No, por valientes  
y por guerreras tribus habitada,  
el paso sólo me franqueó mi espada  
y el valor indomable de mis gentes;  
apenas nuestra planta holló su tierra  
a combatir volaron decididos,  
y fueron salvajes alaridos  
para mis bravos la señal de guerra.  
Envenenadas y certeras flechas  
rompiéronse en los petos y las mallas,  
pero al golpe mortal de mis metralas  
rotas miré sus huestes y deshechas:  
las frentes de los indios se inclinaban  
al estallar mosquetes y arcabuces,  
cuyas rojizas, instantáneas luces  
el pendón de Castilla iluminaban.  
Algunos de mis bravos sucumbieron  
de duras mazas bajo el golpe fuerte,  
y, hasta el instante mismo de su muerte  
los vivas a Castilla repitieron;  
en sangre los cadáveres bañados  
les sirvieron de alfombra a mis corceles,  
la victoria nos dio nuevos laureles.

FULVIA.-En sangre de inocentes empapados.

VASCO.-Y vencimos: los jóvenes y ancianos  
llegaron a rendirnos homenaje,  
y' las vírgenes selvas hospedaje  
brindaron a los héroes castellanos.  
Y hasta el cacique Ponea, que vencido  
llevaba de la guerra los azares,  
abandonó sus rústicos actuares  
y ante mis plantas lo miré rendido.  
Por los hijos del sol que disponían  
del trueno y de los rayos, nos tomaron,

como hijos de su Dios nos respetaron  
y a la vez por valientes nos temían.

FULVIA.-¿Qué les valió tanta credulidad?  
¿Acaso fue su horrible cautiverio?

VASCO.-No, Fulvia, no, porque su dulce imperio  
ejerció generosa la amistad.

HERNÁN.-Siempre fue generoso en la victoria  
el soldado español.

VASCO.-Siempre propicio.  
hallóme el infeliz, su sacrificio  
nunca manchó mis títulos de gloria  
y mi franca amistad no fue sin fruto  
facilitando, el éxito, a una hazaña  
que gloria me da a mí, poder a España,  
y un nuevo mar le rendirá tributo.

HERNÁN.-¡Un nuevo mar!

VASCO.-¡Inmenso! ¡Cuántas veces  
me lo mostró a mi ardiente fantasía,  
y en mi ansiedad de hallarlo lo veía,  
con sus costas, sus ondas, sus peces,  
y por hallarlo no omití desvelo.  
¡Por él! ¡Por él la mente deliraba!  
¡Con él! ¡El alma sin cesar soñaba.  
Vosotros lo sabéis, era mi anhelo  
lanzarme en ese mar por nadie visto,  
y levantar en medio de sus olas,  
con las regias banderas españolas  
la cruz sagrada del pendón de Cristo.  
Aquella tierra que pisado habíamos,  
nos acercó a ese mar. Un alto monte  
cerraba a nuestra vista el horizonte  
que puro, hermoso en derredor teníamos.  
Con amistad los indios me mostraron,  
para llegar al monte los senderos,  
y al frente de mis bravos compañeros  
hasta su falda misma me llevaron.  
Ni sus enormes peñas ni su altura  
a nuestra intrepidez escollo fueron,  
todos conmigo con valor subieron...

HERNÁN.-¿Par qué no tuve yo tanta ventura?

VASCO.-Yo él primero pisé la erguida cumbre,  
un pacífico mar vieron mis ojos,  
y ante él absorto me postré de hinojos.  
Lanzaba el sol su postrimera lumbre  
dulce rielando las dormidas aguas  
de aquel océano para el hombre ignoto  
que ni agitaba el formidable noto  
ni surcaban las frágiles piraguas.  
Inmenso como el mismo pensamiento  
aquel mar a mis plantas se extendía  
y yo mismo al mirarlo no creía  
en mi grande y feliz descubrimiento.  
Bajé de la montaña, y en la orilla  
de aquel inmenso y adormido océano  
clavó aqueste pendón mi propia mano  
en nombre de los reyes de Castilla.  
Doquier que llega el español le paga  
un tributo a su fe, y en la corteza  
de árbol cercano a donde el mar empieza  
la cruz del Salvador trazó esta daga.

(Desnudándola.)

HERNÁN.-¡Alma de bendición! ¡Acero amado!  
Deja que Hernando en ti su labio imprima.

VASCO.-Y sea de hoy más Hernando quien la esgrima  
defendiendo la cruz que ella ha trazado.

(Dándosela.)

HERNÁN.-¿Y me la cedés?

VASCO.-De amistad en prenda.

HERNÁN.-Prenda querida para mí, sagrada.

VASCO.-Jamás entre mis manos fue manchada.

HERNÁN.-Digna es de tu amistad tan bella ofrenda,  
digna también de nobles corazones:  
tendréla sin mancilla cual la tomo.

VASCO.-Y no olvides que lleva sobre el pomo

grabados con mi nombre mis blasones.

FULVIA.-Cumpliste Caballero; como amante  
ahora tu ofrenda ante tu Fulvia pon.

VASCO.-¿Qué otra ofrenda mejor que el corazón  
que de ti no se aparta ni un instante?

FULVIA.-¿Tanta ventura el cielo me destina?

VASCO.-¿Has visto a la caída de la tarde  
cuando del sol la llama apenas arde  
aparecer la estrella vespertina?

FULVIA.-Sí.

VASCO.-Recorrer parece nuestra esfera  
con presuroso e incesante paso  
el astro rey siguiendo hasta su ocaso  
cual si dejar su luz nunca quisiera.  
Pues tú eres Fulvia el sol y yo la estrella  
que en tu camino sin cesar te sigo,  
y dondequiera estoy, estás conmigo.

FULVIA.-Amante siempre.

VASCO.-Como siempre bella;  
en medio de mis triunfos y mi gloria  
y del combate en medio...

FULVIA. ¿En mí pensabas?

VASCO.-Sí; por doquiera, Fulvia, me guiabas  
y en tu nombre llamaba a la victoria  
te miraba flotar sobre las olas  
que impedían mis frágiles piraguas,  
o alzarte entre la bruma de las aguas  
que envolvió las banderas españolas;  
era tu dulce seductor acento  
el ruido que entre rosas y claveles  
levantaba la brisa en los vergeles  
do me llevó mi noble atrevimiento:  
y hasta el trazar mi mano aquella cruz  
del árbol en la rústica corteza  
acordéme de ti. (Con tristeza.)

FULVIA.-¿Mas con tristeza  
por qué, Vasco, lo dices?

VASCO.-De una luz  
vino el destello a iluminar mi mente,  
y a mis pupilas asomóse el lloro pensando...

FULVIA.-¿Qué?

VASCO.-Que ante la cruz que adoro  
no inclinas Fulvia como yo la frente.

FULVIA.-¡Cállate por piedad!, ¡ah!, no destroces  
mi corazón, recuerdos avivando  
que lo están sin cesar atormentando;  
luchan con mi pasión, luchan atroces,  
sin vencerla jamás, sin apagarla,  
y si vacila a veces mi creencia,  
se levanta una voz en mi conciencia  
que ni mi mismo amor puede acallarla.  
¡Cruel, horrible, matador destino  
el que a los dos por siempre nos separa!  
¿Por qué quiso, por qué, que te encontrara  
sin poderlo evitar en mi camino?

VASCO.-¿Te pesa de mi amor?

FULVIA.-¿Y lo preguntas  
al ver que corre mi abundante lloro?

VASCO. ¿Par qué lloras?

FULVIA.-¿Por qué? porque te adoro  
y nuestras pobres almas no están juntas.

VASCO.-Si una misma creencia...

FULVIA. ¡Vasco, calla!  
No me hables, de creencias, te lo ruego;  
si estoy en un error, deja que ciego,  
tras de ese error mi entendimiento vaya  
mas no toques la flor de mis amores,  
no la marchites, Vasco, que está pura;  
si me das de tu pecho la ternura,  
maldice, no me importa, mis errores.  
¿No sabes que a las hijas de esta tierra

corazones nos dio natura ardientes,  
y que acaso morenas nuestras frentes  
puso ese fuego que mi pecho encierra?  
No quieras que a la duda dé cabida  
mi amante corazón; somos sensibles,  
Vasco para el amor, somos terribles;  
si vemos ¡ay! nuestra pasión vendida.

VASCO.-Cálmate, Fulvia, a inútiles recelos  
no dé tu corazón fácil entrada;  
¿no has sido sin cesar por mí adorada?

FULVIA.-Guárdenme tanta adoración los cielos;  
y perdóname tú si imprudente  
turbó mi queja tu apacible calma.  
¿Qué culpa tengo yo de que mi alma  
disimular no sepa lo que siente?  
De tu penosa marcha fatigado  
necesitas descanso, algún abrigo  
a prepararte voy.

VASCO.-Pronto te sigo,  
que quiero descansar, pero a tu lado.

(Fulvia se retira por la izquierda. A los soldados.)

Y vosotros también, mis compañeros  
de las esposas en los brazos fieles  
idos a descansar, nuevos laureles  
os darán otra vez vuestros aceros.  
Que sepan nuestros hijos muestra historia  
y al contarles un triunfo o una hazaña,  
benedicid al Señor que diera a España  
honor y prez e inmarcesible gloria.

(Los soldados y todo el acompañamiento se retiran por el fondo.)

#### ESCENA IV

(Vasco, Hernán Núñez.)

VASCO.-Pues solos hemos quedado  
y nadie aquí nos escucha,  
espero que con presteza  
respondas a las preguntas

que tengo que hacerte.

HERNÁN.-¿Y son...?

VASCO.-No serán Hernando muchas.

HERNÁN.-¿Si mientras estuviste ausente mudó el corazón de Fulvia?

VASCO.-La conozco, bien y sé  
que su afecto no se muda  
pero no ignoras que hay otras  
que abrigo imposibles dudas  
que sin ser de amor achaques  
el corazón te torturan.  
Los parciales de Vienesá  
tú bien sabes que me acusan,  
y temo que ante el monarca  
mi gloria y mi honor destruyan.  
¿Zamudio nada me ha escrito?

HERNÁN.-Éstas son las letras, tuyas.

(Mostrándote la carta.)

VASCO.-¡Sus letras!... ¡No sé por qué  
sólo el mirarlas me asusta!  
¿Las leíste?

HERNÁN.-No, sé que son  
la correspondencia tuya.

VASCO.-Venga esa carta, abriréla.  
(Tomándola.)  
y...

HERNÁN.-¡Vaya Dios en tu ayuda!

VASCO.-*(Abriendo la carta.)*  
La he abierto ya, y en leerla  
está mi corazón confuso.  
¡Ánimo, pecho cobarde,  
vence el temor con que luchas!  
Es la firma de Zamudio.

*(Vasco lee y se agita horriblemente.)*

HERNÁN.-;Tu semblante se demuda!

VASCO.-(Con ira.) De rabia el pecho revienta  
y los ojos se me anublan... ¡Vencido, Hernando!  
¡Vencido! ¡por la más torpe calumnia!

HERNÁN.-;Cómo!

VASCO.-Lo dicen las letras  
que ora mis manos estrujan: (La acción.)  
¡Y no sabes todavía  
todo el mal que ellas me anuncian!  
Toma y lee. (La acción.)  
(Aparte.) Que a los infames  
la ira de Dios no confunda.

HERNÁN.-(Con agitación.)  
¡Que te juzguen! ¡Que ha nombrado  
el Rey quien te sustituya  
en el mando de Darién!  
¿Habrá mayor desventura?

VASCO.-Perder el mando no importa,  
revés es de la fortuna;  
que cansado de halagarme  
el giro su rueda muda;  
pero mancillar mi honor,  
manchar mi fama, que pura  
aún más que el sol se ostentaba,  
no sé yo cómo lo sufra.

HERNÁN.-Resistiendo del monarca  
a las órdenes.

VASCO.-;Qué locura!  
La rebelión yo no excito,  
Hernando, en manera alguna,  
y buen vasallo, obedezco  
de mi Rey la orden augusta,  
para quien me infama llevo  
esta espada en la cintura,  
e iré solícito a España  
del cobarde Enciso en busca;  
lo he de encontrar en el cielo  
si en el cielo se me oculta,



y lavaré con su sangre,  
no lo dudes, mi calumnia.  
¿Mas de qué, por vida mía,  
esos cobardes me acusan?  
De que al infeliz Nicuesa  
usurpé la investidura  
de Gobernador: también  
de que le di el mar por tumba  
embarcándolo a sabiendas  
en una nave insegura.  
Mentiras todas, mentiras,  
son las que en mi daño abundan,  
esos hombres que al monarca  
villanamente le adulan.  
¡Ignoran...! no, mas lo fingen  
que la propia gente suya  
Gobernador me aclamó,  
y si Nicuesa en su fuga  
en frágil nave se embarca,  
y le da el mar sepultura  
eso fue de su imprudencia  
no de mi encono la culpa.  
Pero el tiempo no perdamos  
en lamentarnos; si justa  
o injustamente el monarca  
me castiga, no me acusa  
mi conciencia y eso basta:  
¿Cuánto ha que a las manos  
tuyas vino esta carta?

HERNÁN.-De tu partida  
no pasaron horas muchas  
cuando aquí llegó.

VASCO.-¿Y su fecha?...

HERNÁN.-Es antigua,

VASCO.-Eso me augura  
que muy cerca de estas costas  
levanta del mar la espuma,  
la nave que a don Pedrarias  
velera aquí lo conduzca.

(Se oye a lo lejos, un cañonazo.)

¿Escuchaste?

HERNÁN.-En lontananza  
la voz de un cañón retumba.

(Se oye cerca otro cañonazo.)

VASCO.-Y a responderle los nuestros  
con el suyo se apresuran. ¿Qué será?

(Yendo los dos a la ventana.)

HERNÁN. ¿Ves una nave?

VASCO.-Sí, fue que a ella la saludan.

HERNÁN.-Con la proa hacia nosotros  
veloce las ondas surca.

VASCO.-Y el pabellón de Castilla  
en sus mástiles ondula.

HERNÁN.-¿Será Pedrarias?

VASCO.-Al menos  
justo es que yo lo presuma,  
y por si fuese, ve, Hernando,  
del Gobernador en busca.  
Recíbelo; con sus armas  
tendrás nuestra gente junta,  
y que le hagan los honores  
de su empleo y de su cuna.

HERNÁN.-Te obedezco.

VASCO.-Hasta su nave  
para llegar se apresura.

HERNÁN-(Aparte al irse.) No mandará don Pedrarias  
si la fortuna me ayuda.

ESCENA V

(Don Vasco, después Fulvia.)

VASCO.-¡Adiós, Darién! Sobre tu fértil suelo  
fijé una vez mi aventurada planta,  
hoy, ¡infeliz de mí! de ti me alejo,  
y el adiós que te manda mi garganta  
no es el solo recuerdo que te dejo:  
te queda otra memoria  
eterna, eterna; y como eterna grande,  
en ese mar con que legué la historia,  
mi oscuro nombre con mi escasa gloria.  
¿Y qué llevo de ti? Llevo guardada  
en el pecho la flor de mis amores,  
que en medio de tus ásperos breñales  
brotara de tu sol a los ardores,  
regada por tus límpidos raudales;  
la llevo aquí guardada sin mancilla,  
como el ensueño de una virgen pura,  
cual la plácida estrella que fulgura,  
con ese sol que por oriente brilla.  
¡Fulvia del corazón! era otra suerte  
la suerte que mi amor te preparaba,  
y cuando a mí propicia la fortuna,  
al poder y a la gloria me elevaba,  
cuando en torno de mí todo reía,  
yo dividir contigo  
mi gloria y mi poder ¡Fulvia! quería.  
Ahora tal vez errante peregrina,  
por la sed de venganza devorado,  
sin hallar la venganza en mi camino,  
por doquiera que vaya,  
de región en región, de playa en playa.  
¿Te arrastraré con mi infeliz destino?  
¡Ah, no! no es ése el pago  
que yo a tu amor y a tu constancia diera.  
¡Pero dejarte sola  
aquí! ¡Nunca! ¿Qué fuera  
de la infeliz que no nació española?  
¿Ni cómo a separarme me atreviera  
de la sola ilusión que me acompaña?  
¿Cómo apagara el corazón el faro,  
cuya fulgente luz nunca se empaña,  
y en tempestad o en plácida bonanza  
se ostenta mal la luz de la esperanza?

(Fulvia aparece en este momento por la puerta de izquierda y se va acercando a Vasco, oyéndolo con satisfacción y sin ser vista hasta el instante en que indican los versos.)

Doquiera que la suerte  
me lleve, Fulvia vivirá conmigo  
y los dos buscaremos abrigo  
en las mismas regiones de la muerte.  
¡Flor de mi corazón! serás mi anhelo  
hasta el instante mismo que sucumba  
tu blando aroma me dará consuelo,  
aun en el mismo borde de la tumba.  
Hoy infeliz que mi ilusión se trunca  
va a faltarme poder...

FULVIA.-(Interrumpiéndole y apasionadamente.)  
Mas mi amor nunca.

## ESCENA VI

(Vasco y Fulvia.)

VASCO.-¡Amor mío! ¿Me escuchabas?

FULVIA.-Como tus cuitas sabía,  
juzgué que te consolabas  
con amor, y te traía  
lo que tú necesitabas.

VASCO.-Pliega la noche su velo  
del sol a los rayos rojos  
y la sombra deja el suelo;  
así la luz de tus ojos  
da a mi corazón consuelo.

FULVIA.-¿Por qué, Vasco, la tristeza  
halla en tu pecho cabida?

VASCO.-Porque hoy a perderse empieza  
una ilusión de mi vida.

FULVIA. ¿Y no te falta entereza  
para afrontar el rigor  
de la fortuna inconstante?  
Pues yo te daré valor  
si no lo tienes bastante.

VASCO.-¿Con qué, Fulvia?

FULVIA.-Con mi amor;  
porque he llegado a creer  
que bien te lo puede dar,  
quien no te ha de aborrecer  
porque ve que va a acabar  
la suma de tu poder.

VASCO.-Sabe luego...

(Abrazándola.)

FULVIA.-En mi noticia  
Hernando lo puso todo.

VASCO.-¡Triunfó, Fulvia, la malicia  
sin duda con torpe modo!

FULVIA.-¡Vasco, triunfó la codicia!  
¡Mas qué importa! Dondequiera  
que el cielo te dé un abrigo  
el amor allí te espera  
porque yo, Vasco, te sigo  
como a abril la primavera.  
¡El poder! ¡Planta maldita  
que es su fruto el sinsabor!  
Un monarca te lo quita  
¿Mas quién te quita mi amar  
si tu alma le necesita?  
¡El poder! Frágil encanto  
ornado de bellas galas,  
que llega a empapar el llanto;  
mas de amor bajo las alas,  
no viene nunca el quebranto.  
¡El poder! visión mentida  
cual tras la que corre un niño,  
pronto en humo convertida  
deja agostando el cariño  
un desengaño en la vida.  
Dejemos esta región,  
busquemos otra más bella;  
si es de mando tu ambición,  
aunque no mandes en ella  
mandas en mi corazón.  
Vasco, Vasco, por las olas  
blandamente remecidos,  
iremos los dos a solas

como pájaros perdidos  
a tus playas españolas.  
Y al dejar mis patrios lares  
la vista hacia ellos teniendo  
verásme sobre esos mares  
"adiós" decirles riendo  
mientras con tu amor me ampares.

VASCO.-¡Cuánto alivian mis congojas  
tus palabras de consuelo!  
¡Ya mi suerte no me enoja,  
pues no me falta en el suelo  
quien en sus brazos me acoja!  
Mi gloria, mi poderío  
junto a tu amor ¿qué son? ¡Nada!  
Hoja que se lleva un río  
de pobre flor desecada  
por los calores de estío.  
¡Amar, Fulvia! eso es vivir,  
¡Ser amado! eso es gozar.  
¿Y quién habrá de gemir  
si cuando se siente amar  
piensa de placer morir?  
Iremos... donde tú quieras  
a mis playas españolas  
si ellas te son placenteras,  
pero nos darán las olas  
sobre mis naves veleras;  
blandamente remecidos  
por sus vaivenes inciertos;  
iremos embebecidos  
amor, gozando despiertos,  
amor, soñando dormidos.  
Cuando dejando tus lares  
juntos los dos entonemos  
de amor los dulces cantares;  
por coro Fulvia tendremos  
el rugido de los mares.  
De majestad está lleno,  
mas si asusta su rugido  
a tu corazón sereno como  
a pajarillo herido  
yo te abrigaré en mi seno.  
Vamos, Fulvia, no tardemos,  
a la merced de los vientos  
por ese océano boguemos...

(En este instante suena dentro música marcial que, acercándose gradualmente, anuncia la llegada de Pedrarias.)

Pero...

FULVIA.-¡Escucha!

VASCO.- (Con tristeza.) Esos acentos nos dicen ¡ay! que esperemos.

FULVIA.-Armonías funerarias,  
son esos ecos marciales  
en playas tan solitarias.  
¿Qué será, Vasco?

VASCO.-Señales  
de que se acerca Pedrarias.

FULVIA.-Solo te dejo.

VASCO.-No, no,  
que eres ángel de mi guarda.

FULVIA.-Mas temo...

VASCO.-Te amparo yo  
y tal vez Pedrarias tarda.  
Veamos.

FULVIA.-Sí.

VASCO.- (Abriendo la ventana.)  
Ya llegó.

(Vasco se dirige a la puerta del fondo, en el momento en que aparecen por ella Pedrarias y doña Isabel de Bobadilla; los sigue Oliver con todo el acompañamiento que queda en el fondo militar de Pedrarias, armados y con el estandarte de Castilla.)

## ESCENA VII

(Vasco, Pedrarias, doña Isabel, Fulvia [un poco retirada], Oliver, y acompañamiento que queda en el fondo.)

PEDRARIAS. Salud, don Vasco Núñez de Balboa.

VASCO.-Salud a vos, insigne don Pedrarias,  
de quien la fama las hazañas loa;  
pues de Darién las playas solitarias,  
de vuestra nave el fin tocó la proa  
os serán como a amigo hospitalarias,  
y como a enviado de españoles reyes  
todos en vos acatarán sus leyes.

PEDRARIAS.-Doña Isabel mi esposa.

(Presentando a doña Isabel.)

VASCO.-*(Con presteza.)*  
Le rendirán también un homenaje  
al sexo encantador, a esa belleza  
que tendrá en estas costas hospedaje.

DOÑA ISABEL.-De dejar a mi patria la tristeza  
y lo penoso de mi largo viaje  
con la honra que me hacéis hoy se mitiga.  
Y que vengo,

(Aparte con marcada intención)

sabedlo vuestra amiga.

(Doña Isabel y Vasco hablan aparte entretanto que Pedrarias examina y separa algunos papeles que habrá sacado, volviendo a guardar unos y quedándose con algunos en la mano; Fulvia observa separada, atentamente y con visible agitación, a doña Isabel y Vasco. Los actores hablan con la interrupción que indican los versos y ejecutarán con rapidez los movimientos que se marcan.)

VASCO.-*(Baja.)* ¿Señora, qué decís?

DOÑA ISABEL.-*(Bajo.)* Todo conspira  
don Vasco contra vos.

VASCO.-*(Bajo.)* Esos temores...

DOÑA ISABEL.-*(Bajo.)* Son una realidad.

VASCO.-*(Bajo.)* ¿Y ella os inspira  
compasión hacia mí?

DOÑA ISABEL.-*(Bajo.)* Sí...



(Siguen habando bajo.)

FULVIA,(Aparte.) Punzadores  
mis celos se despiertan, y delira  
mi infelice razón y sus furores:

VASCO.-(Estrechando afectuosamente la mano de doña Isabel.)  
Gracias, señora, por bondades tantas.

FULVIA.-(Que ha visto el movimiento de Vasco, lanzándose precipitadamente a él.)  
¡Aleve!

PEDRARIAS.(Viendo a Fulvia da un paso y queda interpuesto entre ella y Vasco,  
estorbando así el movimiento que ha hecho Fulvia.)  
¡Una mujer!

FULVIA.-(Reparando en Pedrarias, se detiene y, procurando disimular, se inclina ante él;  
Pedrarias la levanta.) Que a vuestras plantas  
os rinde la primera su obediencia;  
una pobre mujer que de la suerte  
sin murmurar sufrirá la inclemencia.

VASCO.-(Interrumpiéndola. )  
Y cuyo padre próximo a la muerte  
el guardián me nombró de su existencia.  
Yo del cacique sobre el cuerpo inerte,  
le juré por mi fe de caballero  
con mi brazo ampararla  
y con mi acero. Mi promesa cumplí.

FULVIA.-(Bajo, a Vasco.) Mas como amante  
no cumpliste, traidor, tus juramentos.

VASCO.-¿Sospechas acaso...?

FULVIA.-Hace un instante  
que a contener mis ímpetus violentos,  
sólo el respeto a ese hombre fue bastante  
y aunque a mí no llegaron tus acentos,  
por mis celos llevada iba a lanzarme  
sobre vosotros dos para vengarme.

VASCO. Y a perderte conmigo ¡desgraciada!

FULVIA.-¡Y qué me importa ya mi propia suerte!

VASCO.-¿Ni nuestro amor tampoco?

FULVIA.-¡Vasco, nada!

VASCO.-¿Ni nuestro amor?

FULVIA.-¿Y puedes atreverte  
a invocar una creencia profanada,  
profanada por ti?

VASCO.-¡Dame la muerte  
antes que creer que quien te amó te engaña!

PEDRARIAS.- Vasco, tomad las órdenes de España.

(La acción.)

VASCO.- (Después de leer.)  
Para cumplirlas me hallarás dispuesto  
porque súbdito fiel de nuestros reyes  
obediencia, Pedrarias, yo les presto  
doquier que llegan a sonar sus leyes.  
Y pues les plugo que ocupéis mi puesto  
para mandar las españolas greyes  
que de estas playas son constante escudo,  
(Descubriéndose.)  
Gobernador del Istmo, yo os saludo.  
Pronto; señor, mis huestes no vencidas  
a vuestra voz tendréislas obedientes;  
(Con ternura.)  
pero vos no sabéis, no, cuán queridas  
son a mi corazón; os ruego por sus vidas,  
velad por el honor de esos valientes:  
tened sobre ellos vuestros ojos fijos  
amadlos; os lo ruego, como a hijos  
y dejadme partir...

FULVIA.-¿Y a mí un abrigo  
no me daréis, señor?

PEDRARIAS.-Bajo mi techo  
la mísera orfandad tiene un amigo.

FULVIA.-Y gratitud para él  
tendrá mi pecho.

VASCO.-Fulvia me seguirá.

FULVIA.-No, no le sigo.

VASCO.-(Aparte.) El lazo que nos une...

FULVIA.-Está deshecho.

PEDRARIAS-(Aparte, a Vasco.)  
No dejaros partir mucho me cuesta  
pero la orden del rey, don Vasco, es ésta.  
(Dándole uno de los papeles con que quedó al principio.)

VASCO.-(Después de leer.)  
¡Prisionero en Darién! con tal ultraje  
el monarca ¿por qué, por qué me humilla?  
Si súbdito, le debo vasallaje  
caballero, no sufro tal mancilla;  
en malhora, Pedrarias, vuestro viaje  
de Darién emprendisteis a la orilla.

PEDRARIAS.-Mi prisionero sois.

VASCO.-(Con intención.) Pero interesa  
el que sepa por qué.

PEDRARIAS.-¿Por qué? ¿Y Vienesas?

VASCO.-¿Qué dijisteis? ¡Vienesas! ¿conque puede  
la vil calumnia dominar el trono?  
Cuando viéndolo estoy, vacilo, dudo...  
¿De mis contrarios al mortal encono  
no opuso la razón su fuerte escudo?  
¿Ninguna vez se levantó en mi abono?  
¿Y hasta el monarca mismo habrá olvidado  
lo que al valor le debe de un soldado?

PEDRARIAS.-Mi prisionero sois.

VASCO.-(Impaciente.) Ya lo habéis dicho  
y Pedrarias, por Dios, que me importuna  
tanta tenacidad, tanto capricho,  
no temáis de mi fe traición alguna  
mas ponedme, si os place, en entredicho  
con mis parciales todos, una a una

aprended en Darién todas las gentes,  
tienen mi mismo crimen: ser valientes.

PEDRARIAS.-No así, Vasco, abuses mi paciencia;  
el rey lo manda, obedecer os toca,  
la lealtad lo aconseja y la prudencia,  
y refrenando vuestra audacia loca  
buscad obediente la clemencia,  
que nunca en vano del poder se invoca  
cuando el monarca extraño al vil encono  
sabe clemente ser desde su trono.

VASCO.-¡Clemencia! ¿Y para qué la necesito?  
¿Me juzgaréis un criminal acaso?  
¿Qué baldón en la frente llevo escrito?  
¿No voy doquiera con tranquilo paso  
de la calumnia despreciando el grito?  
Que al monarca, demente lo prefiero  
cuando mi honor lo quiere justiciero.

#### ESCENA VIII

(Los anteriores y Hernán Núñez que entra por el fondo.)

HERNÁN.- (Dirigiéndose a Vasco y a Pedrarias.)  
Perdonad si imprudente...

VASCO.-Llega Hernando.  
¿Qué objeto te conduce presuroso  
(Señalando a Pedrarias.)  
de tu Gobernador a la presencia?

HERNÁN.-Vengo aquí de una nueva mensajero  
plausible para mí,  
mas para vos contraria,  
en la cercana plaza.

PEDRARIAS. ¿Qué ha ocurrido?

HERNÁN.-El pueblo y los soldados se reúnen  
decididos...

VASCO.-¿A qué? pronto, responde.

HERNÁN.-A no admitir Gobernador del Istmo

y sólo a ti prestarte su obediencia.

PEDRARIAS.-¿Y se atreven? ¡Traidores!

VASCO.-¡Imposible !  
No lo creáis, señor; ha sido Herrando  
engañado tal vez...

PEDRARIAS.-¡Pero esas voces!

(Dentro, a alguna distancia, voces del pueblo que alternativamente van acercándose; Vasco y Pedrarias se dirigen presurosos a observar por la ventana, mientras Hernando y Fulvia dicen aparte y apresurados los versos siguientes.)

FULVIA.-¿Qué significa, Herrando...?

HERNÁN.-Yo he sido  
quien al pueblo por Vasco he sublevado;  
necesito de vos.

FULVIA.-Soy vuestra aliada.

HERNÁN.-Le volveremos el poder a Vasco,  
quiero salvarlo.

FULVIA.-Sí, (Aparte)  
quiero vengarme.

PEDRARIAS.-(Volviendo al centro de la escena con Vasco.)  
¿No veis al pueblo que en tropel se acerca?  
Vuestra es sin duda la traición, don Vasco,  
y los que aquí se lanzan presurosos  
obedecen tal vez vuestro mandato  
mas prisionero sois. Y vuestra espada  
rendid al capitán. Vos Oliver;  
la marcha detened de los rebeldes  
y muera sin piedad el que se atreva  
a dirigir aquí la torpe planta.

VASCO.-Perdido habéis vuestra razón sin duda,  
nada temáis, Pedrarias, yo os amparo.

PEDRARIAS.-¿Vos que sois el traidor?

HERNÁN.-¡Mira que llegan!

PEDRARIAS.-¡A ellos, capitán!

VASCO.-¡Atrás! yo basto.

(Las voces que se han ido acercando gradualmente se oyen por la puerta del fondo; a las últimas palabras de Hernán el pueblo en tropel va a penetrar en la escena; Oliver a la orden de Pedrarias hace un movimiento con los soldados para estorbarlo; Vasco poniéndose entre ellos y los amotinados y desnudando la espada, dice las palabras que anteceden.)

## ESCENA IX

(Los anteriores; el pueblo.)

PUEBLO.-¡Viva Vasco!

VASCO.-¡Callad! El que se atreva  
a levantar la voz en mi presencia,  
el que un paso no más la planta mueva;  
en vez de hallar al que proclama amigo  
mi misma espada le dará el castigo.  
¿A qué venís aquí?. ¿Por qué imprudentes  
con vuestra audacia temeraria y loca  
traidores os hacéis y delincuentes?  
¿Quién vuestra furia indómita provoca  
cuando callar y obedecer os toca?  
¡Atrás! y deponed esos furores  
dignas tan sólo de marcial pelea.  
No digan, vive Dios, que sois traidores.  
¡Lealtad al Rey vuestra divisa sea!

(Los amotinados retroceden.)

He aquí el Gobernador, mándalo el Rey  
y obedecer su voluntad nos cumple  
porque es no más su voluntad la ley.

(Los amotinados se descubren al presentar Vasco a Pedrarias.)

(Bajo, a Pedrarias)

Acusadme si os place de traidor

PEDRARIAS—¡Don Vasco!

VASCO.- (A los amotinados.) ¡Paso al Gobernador!

PEDRARIAS,-Y a vos.

VASCO.-No; un deber de caballero  
don Pedrarias cumplí; ¡soy prisionero!

(Entrega la espada con nobleza a Pedrarias que la recibe y cae el telón.)

## ACTO SEGUNDO

(Habitación de Pedrarias de rústica apariencia, aunque superior a la del acto anterior. Ventana en el fondo, puertas derecha e izquierda del actor: la primera se supone de salida; la segunda que conduce al interior de la habitación. Mesa con recado de escribir y sobre la cual arde una lámpara o candileja. Algunos bancos de madera completan el ajuar. Es de noche.)

### ESCENA I

(Doña Isabel de Bobadilla leyendo una carta a la luz del candilejo; después de los primeros versos se acerca a la ventana; mira hacia fuera como quien procura descubrir algo a lo lejos, se retira y va a sentarse a un banco, cuando lo indican los versos.)

DOÑA ISABEL.-Se compromete Hernando, eso me basta,  
y aquí bajo su forma me lo ofrece  
asegurándome, a la vez, que a todo  
el pueblo está dispuesto, bien, sublime,  
que a Vasco convencer toca a mi sola  
y bien mi esfuerzo convencerlo puede;  
para eso lo he estado y estoy pronta  
la parte ejecutar que me compite.

(Yendo a la ventana.)

¡No viene aún!; entre la oscura niebla  
en que el mundo adormido ora se envuelve;  
ninguno se ve; nada se escucha;  
y ni humana figura se aparece.

(Se retira y va a sentarse.)

¡Silencio! ¡Oscuridad! Yo sola velo  
de la alta noche en la quietud solemne,

y el pensamiento acalorado vaga  
y va a fijarse de la mar allende.  
¡Allende, sí, la mar! Allá do moran  
las solas prendas que mi pecho tiene;  
por las que amargo, desolada madre,  
llanto mis ojos, incesante vierten.  
¡Hijas del corazón! ¡Beatriz! ¡Aldonza!  
¿Dónde encontrar quien mi suspiro os lleve,  
si no es la brisa que en el hondo bosque  
mueve las hojas con su aliento tenue?  
¿Dónde encontrar quien mi dolor os diga  
y que mis hondas penas os revele,  
si no en las olas que la mar levante  
y sin cesar a nuestras playas rueden?  
¿Quién me traerá las anheladas nuevas,  
hijas del corazón, de vuestra suerte?  
¿Quién me dirá si aún existís al menos?  
Si ni las brisas ni las olas vuelven.  
¡Cruel separación! ¡Cuántos temores  
al corazón asaltan y a la mente!  
¡Y cómo es triste en extranjera tierra,  
el cáliz del dolor hasta las heces  
solitaria apurar, ¡Hijas del alma!  
Tal vez ahora vuestros labios breves  
mi nombre pronunciaron... callo... escucho.  
¡Ningún acento a mis oídos viene...

(Levantándose.)

¡Beatriz! ¡Aldonza! ¿Me llamabais, hijas?  
¿O es ilusión de mi enfermiza mente?  
¡No! Os escucho decir a entrambas "Madre"  
¡Ay! que ese nombre en mis oídos suene...  
¡Beatriz! yo miré tus cabellos de oro  
flotar a impulso de la brisa leve,  
y de tus ojos de un azul de cielo  
una lágrima veo que sé desprende.  
¿Por qué lloras, mí bien? ¿Porque me ausento?  
Que Aldonza mientras vuelvo te consuele;  
porque yo he de volver... ¡Ay! de una madre  
los ímpetus de amor, ¿quién los contiene?  
He de volver, creedlo, a vuestros brazos  
mis besos a imprimir en vuestras frentes,  
y a este mundo, viviendo con vosotros  
lo dejaré que gire indiferente...  
Siento un volcán arder en mi cabeza...



Y siento que mis miembros se estremecen...  
Y mis ojos se anublan... y vacilo...  
Los pies apenas sostenerme pueden...  
Os miro en lontananza, vuestros brazos  
amorosos a mí las dos tenderme;  
quiero ir hacia vosotras y mi planta  
a la orilla de un mar ¡ay! se detiene.  
¡No puedo más!... y fallecer me siento;  
¡Hijas del corazón!... mis fuerzas ceden...

(Se deja caer sobre el banco de donde se levantó y permanece reclinada sobre la mesa.  
Momento de silencio.)

## ESCENA II

(Doña Isabel y Vasco que entra por la puerta de la derecha. Viene embozado, sin armas  
y acompañado de un soldado que trae una luz en la mano y que se retira después de los  
primeros versos.)

VASCO.-Ve con Dios, y nadie sepa  
hasta dónde hemos llegado,  
porque te importa soldado  
lo que viste...

SOLDADO.-¿Qué?

VASCO.-Callar.

(El soldado se retira.)

A pesar que es alta noche  
de la habitación la puerta,  
la encuentro a mi paso abierta.  
¿Si habré tardado en llegar?  
Pero aquella luz alumbra,  
mas veamos; (acercándose) a su rayo  
hundido en letal desmayo,  
a alguno descubro allí...  
si la vista no me engaña  
es doña Isabel... ¡ Señora!  
(Tocándole suavemente el hombro.)

DOHA ISABEL.-(Levantándose sobresaltada.)  
¡Me llamaron! ¿pero a esta hora?

(Reconociendo a Vasco.)

¡Ah don Vasco!

VASCO.-(Descubriéndose.) Yo soy, sí,  
y si en llegar he tardado  
a la cita concertada  
perdonadme. No soy nada  
ni hoy puedo influencia tener,  
pero resuelto a serviros  
como leal caballero  
que digáis, señora, espero  
en qué os he de obedecer.

DOÑA ISABEL.-Bien cuadran esas palabras  
con vuestra noble hidalguía.

VASCO.-Escuchad, señora mía,  
tal lisonja... tanto honor. Decidme...

DOÑA ISABEL.-¿Habéis olvidado  
que vengo yo vuestra amiga?

VASCO.-No en verdad, eso me obliga  
mucho y...

DOÑA ISABEL.-Favor por favor...

VASCO.-¡Vive Dios! esos rodeos  
a qué vienen, no adivino;  
si a serviros yo me inclino,  
fíaos, señora, en mi fe,  
mandad vos y yo obedezco  
sin que el favor sea preludio.

DOÑA ISABEL.-¿Os acordáis de Zamudio?

VASCO.-Que queráis con él, no sé.

DOÑA ISABEL.-Escuchad, nadie nos oye  
y estamos solos.

VASCO.-Ya escucho.

DOÑA ISABEL.-¿Amáis, Vasco?

VASCO.-¡Ah! si amo; y mucho.

DOÑA ISABEL.-¿Y sufrís?

VASCO.-Sufro también.

DOÑA ISABEL.-¿Y queréis vos un alivio para vuestro sufrimiento?

VASCO.-El alivio del tormento ¿quién no ha de anhelarlo, quién?

DOÑA ISABEL.-Pues escuchad una historia que un mal me causa tan hondo, que aunque en el alma lo escondo suele en ayes estallar.

VASCO.-Decid, pues.

DOÑA ISABEL.-En nuestra España dejé, Vasco, mi tesoro en las dos hijas que lloro.

VASCO. ¿Muertas?

DOÑA ISABEL. ¿Y podéis pensar?  
¿Cómo hay en el mundo madre que vida entonces tuviera?  
¡Ay! si una sola muriera, con ella muriera yo.  
Viven, Vasco, pero viven donde yo no puedo verlas.

VASCO.-¿Queréis a Darién traerlas?

DOÑA ISABEL.-No lo quiero, Vasco, no; quiero vivir donde viven.  
Y sabed que son tan bellas que a mi Beatriz, la una de ellas tiénele Zamudio amor: cuando de llamarle esposa el momento se acercaba, a su padre el Rey mandaba aquí de Gobernador.  
Y juzgando don Pedrarias su gobierno transitorio,

de Beatriz el desposorio  
para más tarde aplazó.  
Y teniendo la esperanza  
de volver a sus hogares,  
conmigo surcó los mares  
y a nuestras hijas dejó.  
Amiga soy de Zamudio  
y en la historia de Nicuesa  
ayudéle yo en la empresa  
de defenderos a vos.  
Que aquí yo os protegiera, le dije,  
y nos separamos.

VASCO.-¿Pretendéis... ?

DOÑA ISABEL.-(Bajo.) Vasco que hagamos  
una alianza entre los dos.

VASCO.-¿Una alianza?... no comprendo.

DOÑA ISABEL.-Para eso os cité; escuchadme  
y hasta el fin atento estadme,  
y en lo que os digo pensad.  
Os vuelvo, yo os lo prometo,  
vuestro poder en el Istmo  
y os da mi esposo ahora mismo  
si lo queréis, libertad.  
Y no juzguéis mi promesa  
aventurada ni extraña,  
yo quiero volver a España  
donde mis hijas están  
y resuelta estoy a todo,  
y yo todo lo atropello  
y tal vez, Vasco, ¡ay! en ello  
honor y vida me van  
vos a volver ayudadme  
y yo el poder os devuelvo.  
No vaciléis, me resuelvo,  
dijisteis, a obedecer;  
y si no me engaño, Vasco,  
ahora os encuentro indeciso.

VASCO.-¿Qué debo hacer?

DOÑA ISABEL.-Es preciso conspirar.

VASCO. (Con enérgica resolución.) No puede ser.

DOÑA ISABEL.-Pensadlo bien,  
tal respuesta quizá dictótele el miedo.

VASCO.-(Con ira.) ¡Señora!

DOÑA ISABEL.-(Con ira.) ¡Vasco!

VASCO.-(Calmándose y con dignidad.)

No puedo  
resolverme a ser traidor;  
porque dama sois, tolero  
la injuria de vuestra lengua;  
mas nadie, Señora, mengua  
impunemente mi honor.  
Del Rey súbdito obediente  
yo le sirvo, buen vasallo,  
manda el Rey y yo me callo  
no toca al vasallo más.

DOÑA ISABEL.-Dar a la mujer amparo  
también toca al caballero.

VASCO.-Pero su honor, que es primero  
no ha de mancharlo jamás.  
¿Y de qué pedís amparo?  
¿Alguien el vuestro mancilla?,  
¿A vos, la de Bobadilla,  
quién se pudiera atrever?  
¿Hay obra o palabra alguna  
que a vuestra honra bien no cuadre?

DOÑA ISABEL.-No, Vasco, pero soy madre.  
(Llorando.)

VASCO.-No lloréis, (Aparte.) ¡Pobre mujer!  
Lástima da... pero quieto,  
quieto, corazón, firmeza,  
no se doble tu entereza  
a la ilusión de mandar.  
Señora, si dais permiso,

(En ademán de irse.)

DOÑA ISABEL.-¿Os vais?

VASCO.-Ya la cita es larga.

DOÑA ISABEL.-¿Con el dolor que me embarga me dejáis?

VASCO.-A mi pesar.

DOÑA ISABEL.-Idos, Vasco, todavía yo no pierdo la esperanza; alguien hay que todo alcanza.

VASCO.-¿No puede saberse quién?

DOÑA ISABEL.-Ese pueblo que dejáis, y que sin embargo os ama.

VASCO.-¿Y qué esperáis?

DOÑA ISABEL.-En que os proclame otra vez Gobernador.

VASCO.-Obedecerme acostumbra.

DOÑA ISABEL.-Pero no tal vez ahora si yo me atrevo.

VASCO.-Señora, ese pueblo no es traidor.

DOÑA ISABEL.-No es traición, eso se llama...

VASCO.-Sólo traición es su nombre.

DOÑA ISABEL.-Si es traición, que no os asombre, porque no es traición a vos.

VASCO.-Eslo al Rey.

DOÑA ISABEL.-Vasco, tampoco; al pueblo razón le sobra.

VASCO.-Pero no cuando mal obra.

DOÑA ISABEL.-Dejadlo hacer.

VASCO.-No por Dios.

DOÑA ISABEL.-En mi favor...

VASCO.-¿Qué teméis?

DOÑA ISABEL.-Yo buscaré su cariño.

VASCO.-Señora, no soy un niño  
y estorbaros puedo.

DONA ISABEL.-No.

VASCO.-Tenaz, por Dios, os encuentro.

DOÑA ISABEL.-Y soy en la intriga ducha.

VASCO.-Luego, emprendéis una lucha...

DOÑA ISABEL.-En que he de vencer.

VASCO. ¿Quién?

DOÑA ISABEL.-Yo.

VASCO.-Doña Isabel, estoy libre  
bajo mi palabra.

DOÑA ISABEL.-Es cierto.

VASCO.-Pues bien, señora, os advierto  
que a ese pueblo a ver voy.

DOÑA ISABEL.-Tarde llegaréis acaso;  
si queréis ir con premura.

VASCO.-*(Con ironía.)* Porque está la noche oscura,  
dadme un plazo.

DONA ISABEL.-Una hora os doy.

VASCO.-Para obrar es lo bastante,  
aunque el tiempo no sea mucho;  
yo soy en la intriga ducho.

DOÑA ISABEL.-Me alegro.

VASCO.-Quedad con Dios.

DOÑA ISABEL: (Tomando el candilejo.)  
Con la luz que os acompañe...

(Fulvia ha entrado un momento antes por la puerta de la derecha y al tomar doña Isabel el candileto ha reconocido a las personas. Hace la exclamación que sigue, retrocede, cierra la puerta y al dirigirse a ella doña Isabel y Vasco se encuentran enfrente de ella.)

FULVIA.-¡Ah!

DOÑA ISABEL.-Dejadme hasta la puerta.

VASCO.-Halléla al entrar abierta,  
y...

FULVIA.-Os la han cerrado a los dos.

### ESCENA III

(Vasco, doña Isabel, Fulvia.)

VASCO.-¡Fulvia, aquí! ¿Qué buscáis?

FULVIA.- (Con fingida tranquilidad.) Que importuna es mi presencia aquí llevo a creer; mas si de dos ha de salir alguna, lo siento yo por vos, pobre mujer.

(A doña Isabel con acento irónico de lástima.)

DOÑA ISABEL.-Ese acento de lástima me irrita y audacia tal pudiera castigar, mas vuestra triste juventud me excita como española y noble a perdonar.

FULVIA.- (Con amarga ironía.)  
¡A perdonar! ¿De qué, noble española?  
¡Pensad si vos necesitáis perdón de que con Vasco aquí se os halle sola!  
¿Nada os dice la voz del corazón?

DOÑA ISABEL.-¡Insolente!



VASCO. ¿Qué has dicho?

DOÑA ISABEL.-¡Tanta mengua  
pudierais atribuir a un limpio honor!

FULVIA.-¡Honor...! Doña Isabel, tened la lengua  
y no os burléis al menos, por favor.

DOÑA ISABEL.-¡Qué tenéis que decir!

FULVIA.-(Con ironía.) Que es muy virtuosa  
la que al tender la noche su capuz  
olvidando a su esposo, buena esposa  
de alguna triste lámpara a la luz  
se entretiene con otro descuidada  
en amorosas pláticas tal vez.  
¡Qué tengo que decir! señora, nada,  
que sois mujer de honor y pues...

DOÑA ISABEL.-Desgraciada mujer yo os aseguro...

FULVIA.-¡Desgraciada en verdad, pero por vos!

VASCO.-No, Fulvia, no.

DOÑA ISABEL.-Que os engañan os juro  
por el Dios del Calvario que es mi Dios

(Sonrisa de desprecio de Fulvia.)

y dudáis usando el nombre de Dios mismo  
mi labio que jamás lo profanó...

VASCO.-No es, señora, su luz el cristianismo.

DOÑA ISABEL.-¿No creéis en ese Dios?

FULVIA.-(Con energía.) ¡Señora, no!

DOÑA ISABEL.-¡Callad Fulvia, callad que me estremezco  
viéndoos cerrar los ojos a la luz!

FULVIA.-Si yo tengo otra fe...

DOÑA ISABEL.-Yo os compadezco  
pues sólo la verdad se halla en la cruz.

FULVIA.-Y decidme, señora, ¿esa creencia  
que abriga tan profunda el corazón,  
encubre bajo un velo de inocencia  
de esposas y de amantes la traición.  
¿Os manda acaso abandonar el lecho  
de un esposo tal vez casto infeliz?  
¿Y os permite, decid, que vuestro pecho  
se abra, señora, a criminal desliz?  
Si ésa es vuestra creencia la abomino;  
no cambio por mi fe, tal religión,  
porque mi fe, me lleva a otro destino;  
porque es mi fe la ley del corazón.  
Sabed por fin que os tengo entre mis manos  
y que vengarme puedo de los dos  
sin que a entrambos os valga ser cristianos,  
ni a vos mujer, ni caballero a vos.  
Entrambos ignoráis a qué he venido  
¿y no os extraña mi presencia aquí?  
Dueña soy de un secreto (a Vasco), estáis perdido.

DOÑA ISABEL.-(Con ironía.) ¿Acaso yo también?

FULVIA.-(Con energía.) ¡Señora, sí!

VASCO.-¿De un secreto?

DOÑA ISABEL.-¡Decid!

FULVIA.-Y que os asusta,  
si a vos Hernando os lo podrá decir  
y vos pensad que en mi venganza justa  
os voy a hacer como traidor morir.  
Vine hacia vos, doña Isabel, enviada  
por Hernando que pronto a combatir  
sólo espera una seña convenida.

VASCO.-(A doña Isabel.)  
Si dais esa señal lo hacéis morir.

FULVIA.-No la dará.

VASCO.-¿Y por qué?

FULVIA.-Porque la ignora.

VASCO.-Decidme ¿la sabéis?

FULVIA.-Don Vasco, no.

VASCO.-¿Quién la dará si la ignoráis, señora?

DOÑA ISABEL.-Ignórolo también.

FULVIA.-¡Daréla yo!

De Hernando la amistad en mi venganza  
presenta favorable la ocasión,  
traidor por vos a combatir se lanza  
y protegen mis celos la traición.  
Creyóme vuestra amiga, le traiciono  
por vengarme no más, lo podéis creer,  
que de los celos el voraz encono  
las iras excitó de la mujer;  
con mi eficaz auxilio todo listo  
para la pronta rebelión está  
os creerán el autor y...

VASCO.-¡Juro a Cristo  
que aquella rebelión no estallará!  
Porque al instante a contenerla vuelo  
y mi palabra basta nada más.  
Adiós, doña Isabel, pedid al cielo  
su auxilio para mí.

(Fulvia a las últimas palabras de Vasco ha ido a correr el cerrojo de la puerta de salida y sin quitar de él la mano dice:)

FULVIA.-¡Don Vasco, atrás!

VASCO.- (Queriendo quitarla de la puerta.) ¡Aparta!

FULVIA.-No, llegóse de mi enojo  
el instante por fin que os es fatal.

VASCO.-Arrancaré tu mano del cerrojo.

FULVIA.-Y yo daré, don Vasco, la señal.

VASCO.-¡Suelta te digo!

FULVIA.-¡Os esforzáis en vano!

VASCO.-Suplicadle por Dios, doña Isabel.

DOÑA ISABEL.-Fulvia, soltad.

FULVIA.-Que destrozáis mi mano.

VASCO.-¡Suelta!

FULVIA.-¡Nunca!

VASCO.-*(Separándola con fuerza de la puerta.)*  
¡Por fin! ¡Lance cruel!

*(Durante la lucha de Fulvia y Vasco el sombrero y la capa de éste habrán caído al suelo; y al separar a Fulvia de la puerta la abre y desde allí dice:)*

VASCO.-Por fin, doña Isabel, el paso es mío.

FULVIA.-¡Óyeme!

VASCO.-No, ni una palabra más.  
Adiós, doña Isabel.

DOÑA ISABEL.-En él confío.

FULVIA.-¡Óyeme, Vasco!

VASCO.-*(Yéndose precipitadamente sin capa ni sombrero.)* ¡Adiós!

FULVIA.-¡ Pues morirás!

*(Fulvia corre a la ventana y con un silbato da un prolongado silbido.)*

DOÑA ISABEL.-¿Fulvia, qué hacéis?

FULVIA.-¿No lo escucháis, señora?  
He dado del combate la señal.

DOÑA ISABEL.-Mas si llega don Vasco...

*(Dentro ruido confuso.)*

FULVIA.-Ya no es hora  
y llegará muy tarde por su mal.  
Escuchad, escuchad, a esos clamores,  
el ruido seguirá del arcabuz,  
ya no asustan a la india sus fulgores

[Tiros dentro.)

mirad, señora, la rojiza luz.

DOÑA ISABEL.-Don Pedrarias tal vez sobresaltado  
va a venir presuroso a este lugar.

FULVIA.-Y esa capa y sombrero abandonado  
bien pueden a la esposa deshonorar,  
ya veis cómo la suerte me protege  
puedo vengarme de los dos aquí...

(Ruido en la puerta izquierda.)

mas no temáis que abandonada os deje.

DOÑA ISABEL.-¿Y vos me salvaréis?

FULVIA.-¡Señora, sí!

(En el momento en que Pedrarias aparece en la puerta izquierda, Fulvia se tira  
hacia el fondo como para no ser vista por él.)

ESCENA. IV

(Fulvia, doña Isabel, Pedrarias, que entra apresurado la puerta de la izquierda.)

DOÑA ISABEL.-(Aparte.) ¡Don Pedrarias!

PEDRARIAS.-¿Quién va allá?  
¡Ah, doña Isabel! ¿Señora?  
¿La muchedumbre traidora  
no escucháis?

DOÑA ISABEL.-Airada está,  
don Pedrarias, contra vos  
son esos gritos que lanza  
y el porqué no se me alcanza.

PEDRARIAS.-Sabrélo yo. ¡Vive Dios!

DOÑA ISABEL.-Cuando el arcabuz estalla.  
¿Dónde vais?

PEDRARIAS.-Mo os cause pena,  
voy porque el deber lo ordena  
a castigar la canalla.

DOÑA ISABEL.-Parece que se aquietó.

PEDRARIAS.-Pero a gritar volverá  
supuesto que una vez ya  
contra mí se rebeló;  
amigo vine para ellos  
mas si enemigo me quieren  
será que necios prefieren  
jugar en albur sus cuellos.

(Vuelve a oírse el rumor más cercano.)

¡Ah! moriréis por mi nombre  
colosos de pies de barro.  
¡Hola, capitán Pizarro!

(Dirigiéndose a la puerta de la derecha tropieza con la capa y el sombrero de Vasco.)

¿Qué es esto? (Levantando los objetos.)  
Señora, un hombre  
estaba con vos a solas:  
doña Isabel, mi coraje....

(Llevando la mano a la espada.).

FULVIA.-No hagáis, señor, tal ultraje  
a las damas españolas.

(Interponiéndose.)

DOÑA ISABEL.-(Aparte.) ¡Fulvia ! ¡Fulvia!

PEDRARIAS. -¿Vos aquí?

DOÑA ISABEL.-(Aparte). ¿Qué hacéis?

FULVIA.-(Aparte.) Salvaros, señora.

(A Pedrarias.)

¿Os sorprende que a tal hora os busque?

PEDRARIAS.-Por Dios, que sí.

FULVIA.-Pues merced a ese disfraz  
entre la revuelta gente pude pasar.

PEDRARIAS.-Imprudente,  
habéis sido, Fulvia, asaz.

FULVIA.-Acaso pueda, señor,  
valeros esa imprudencia.

PEDRARIAS.-¿Valerme qué?

FULVIA.-La existencia  
y a vos, señora, el honor.

(Bajo aparte a doña Isabel.)

¿A la gente que conspira no teméis?

PEDRARIAS. ¡Vanos temores !  
yo nunca temí a traidores.

FULVIA.-Venteros pueden.

PEDRARIAS.-¡Mentira!

FULVIA.-Aunque no os mostréis inquieto  
juzga esta pobre mujer,  
que cumple con un deber  
revelándoos el secreto  
de la rebelión.

DOÑA ISABEL.-¡Callad!

PEDRARIAS.-Supierais acaso.

FULVIA.-Sí;  
la rebelión descubrí y deciros puedo...

PEDRARIAS.-Hablad.

DOÑA ISABEL.-(Aparte.) Fulvia, Fulvia, me perdéis.

FULVIA.-(Aparte.) Señora, os dije que yo tengo que salvaros.

DOÑA ISABEL: (Aparte.) ¡Oh!

FULVIA.-¿Pues entonces qué teméis?  
Esas gentes desleales  
que ora, don Pedrarias, gritan  
sabed que a ellos las excitan...

PEDRARIAS.-¿Quién... ?

FULVIA.-De Vasco los parciales.

DOÑA ISABEL.-No es eso cierto...

PEDRARIAS.-¡Señora!  
¿Quisierais también burlarme?

DOÑA ISABEL.-(A Fulvia.) ¿Qué habéis hecho?

FULVIA.-¡Yo! vengarme,  
vuestra esposa no es traidora.

(A doña Isabel.)

Ya veis que no os guardo encono.

PEDRARIAS.-(Aparte.) Me obligan a ser cruel.

FULVIA.-(Aparte.) Me vengo, doña Isabel,  
y generosa os perdono.

PEDRARIAS.-Mas parece que la lucha  
de los rebeldes cesó.

FULVIA.-(Aparte.) Si Vasco a tiempo llegó  
ha sido su suerte mucha.

DOÑA ISABEL.-(Aparte.) ¿Será que Vasco avasalla  
toda su gente a su antojo?

(Voces y tiros más cercanos.)

PEDRARIAS.-Otra vez, por Dios, mi enojo  
sentir haré a esa canalla.



(Yendo a la puerta de la derecha.)

¡Oliver, pronto!

## ESCENA V

(Los anteriores y Oliver, que entra por la derecha.)

OLIVER.-Señor.

PEDRARIAS.-A esa canalla que grita;  
y que contra mí se irrita  
haced sentir mi furor.  
Id al momento contra ellos,  
no hay para nadie clemencia,  
con vuestra propia existencia  
me respondéis de sus cuellos,  
Oliver, ¿me entedéis?

OLIVER.-Sí.

PEDRARIAS.-A don Vasco aquí le quiero  
muerto o vivo.

OLIVER.-Si no muero,  
señor os le traigo aquí.

PEDRARIAS.-Id con Dios y ya, que os sigo.

DOÑA ISABEL. ¿Os vais?

PEDRARIAS.-A luchar, señora.

DOÑA ISABEL.-La muchedumbre traidora  
¿no teméis?

PEDRARIAS.-(Yéndose.) Va Dios conmigo.

## ESCENA VI

(Doña Isabel, Fulvia.)

DONA ISABEL.-Estamos, Fulvia, solas.

FULVIA.-Sí, lo estamos  
y el arcabuz en lontananza estalla.

DOÑA ISABEL.-Si esa lucha nosotros provocamos,  
¿por qué su grito la conciencia acalla?

FULVIA.-Os engañáis, señora, en vano calma  
queréis aparentar, porque ese grito  
levántase en el fondo de vuestra alma,  
recordándoos cruel vuestro delito.

DOÑA ISABEL.-No soy sola culpable, Fulvia, no;  
no se vierte por mí sangre inocente.

FULVIA.-(Con ironía.)  
¿Si no sois la culpable? Lo soy yo.

DOÑA ISABEL.-Lo seremos las dos.

FULVIA.-Tranquilamente  
con Vasco aquí, doña Isabel, vivía  
esta pobre mujer, saben los cielos  
el puro amor que le tenía;  
pero con vos vinieron...

DOÑA ISABEL.-¿Qué?

FULVIA:.-Los celos,  
sin saberlo tal vez, al corazón.  
¿Quién si no vos quitóle su esperanza?  
Sabedlo de una vez, la rebelión  
es el fruto no más de mi venganza;  
sagaz, de Hernando la amistad sincera  
en mi favor aprovecharla supe,  
no fui entre los rebeldes la primera,  
porque aquí su lugar hay quien lo ocupe.  
Vos lo sabéis, señora; alzado del suelo  
los tristes ojos, la abatida frente  
de la india pobre, no tengáis recelo.

DOÑA ISABEL.-¡Me matan tus palabras!

FULVIA.-¡ Justamente!

DOÑA ISABEL.-Me matan sin razón, yo te lo juro.

FULVIA.-¿Y aún se atreve a mentir el labio vuestro?

DOÑA ISABEL.-Tienes un pecho cual diamante duro.

FULVIA.-Sensible es el dolor

DOÑA ISABEL.-Error siniestro  
¡oh ! Fúlvia, te domina.

FULVIA.-Tal error  
nos conduce a las dos a un hondo abismo  
y si las dos tuvimos un amor,  
las dos tenemos el castigo mismo.

DOÑA ISABEL.-Castigado me habéis, Fulvia, es verdad,  
pero ese amor que castigáis en mí  
para don Vasco fue sólo amistad  
y hay otro amor que no se acaba aquí.

FULVIA. ¿Hay otro amor?

DOÑA ISABEL.-Eterno cual mi Dios.

FULVIA.-¿Señora, qué decís? Sólo el de esposo...

DOÑA ISABELA.-Mas de ese amor aún no sabéis vos  
y hablaros, Fulvia de él, apenas oso.

FULVIA.-Mal encubristis vuestra fatal pasión,  
abandonad, señora, el fingimiento,  
grande al menos tened el corazón  
en los instantes mismos del tormento;  
blasonáis de nobleza y de hidalguía,  
que todo en vos a la nobleza cuadre.

DOÑA ISABEL.-Comprender no podéis la pena mía  
porque, cual yo infeliz; vos no sois madre.

FULVIA.-¿Qué habéis dicho, señora? Por ventura...

DOÑA ISABEL.-Madre soy de dos hijas ¡ay! que solas,  
y sumidas dejara en la amargura  
en mis remotas playas españolas:

Por eso gimo sin cesar por ellas  
y hora, Fulvia, por hora a cada instante,  
de mi acervo dolor las hondas huellas  
renovadas veréis en mi semblante.  
Vos no podéis saber a lo que impele  
el amor de una madre el corazón  
de aquella horrible rebelión se duele,  
mas yo misma aticé la rebelión.

FULVIA.-¿Lo confesáis al fin?

DOÑA ISABEL.-¿Y por qué no?  
Si he sido criminal fuílo tan sólo  
porque el amor de madre me arrastró  
y todo, Fulvia, a él todo lo inmolo.  
En el delirio de los celos, vos  
a la esposa creíste delincuente,  
mas puro está mi honor, lo juro a Dios.

FULVIA.-¿Y don Vasco, señora?

DOÑA ISABEL.-Es inocente.  
ya que sólo fue llamado por mí  
para obligarlo a entrar en rebelión.  
Roguéle inútilmente, no vencí  
la fuerza de su noble corazón.  
Leal como valiente y caballero  
obedece la fuerza de la ley;  
ofreció a la mujer no más su acero,  
su obediencia y lealtad no más al Rey.

FULVIA.-¿Pero su amor, a quién? decid, señora,  
¿no puso el corazón a vuestros pies?

DOÑA ISABEL.-De nuevo esa ilusión fascinadora  
asalta vuestra mente.

FULVIA.-¿Ilusión es?

Y vi que vuestras manos afectuoso  
ayer entre las suyas estrechaba;  
y apartados los dos de vuestro esposo,  
¿qué le decías, señora?

DOÑA ISABEL.-Conspiraba,  
conspiraba con él, ¿ya no os lo dije?  
¡inútil anhelar! ¡esfuerzo vano!  
No comprendéis ¡oh Fulvia!

cuánto exige de una madre  
el cariño sobrehumano;  
son mis palabras para vos ruido  
que entre las hojas produjera el viento,  
eco que por las rocas va perdido;  
ninguno aquí responderá a mi acento.

FULVIA.-(Con solemnidad.)  
Escuchadme, señora; vuestra queja  
llega a mi corazón, os lo aseguro,  
una profunda herida en él me deja,  
que nunca ha sido al infortunio duro  
y tenerme podéis por vuestra amiga  
a costa nada más de una promesa.

DOÑA ISABEL.-¿Qué pretendéis?

FULVIA.-Que la verdad me diga  
el labio.

DOÑA ISABEL.-Sí.

FULVIA.-Mi condición es ésa,  
¿me engañaréis cuando de vos me fío?

DOÑA ISABEL.-Os juraré que no; pero acabad.

FULVIA.-Aunque en un Dios creéis, que no es el mío,  
¿juráis por él decirme la verdad?

DOÑA ISABEL.-Lo juro, sí.

FULVIA.-Me amparo en vuestra fe;  
pero ¡ay de vos! si vuestro labio miente,  
que si sé perdonar, castigar sé.

DOÑA ISABEL.-Acabad de una vez.

FULVIA.-Decid, ¿no siente  
vuestro infelice corazón amor  
hacia don Vasco?

DOÑA ISABEL.-No, nunca, os lo juro,  
infiel esposa mancillé mi honor  
que se halla al par de mis creencias puro.

FULVIA.- ¡Mirad lo que decís!

DOÑA ISABEL.-¡La verdad sola!

FULVIA.-¿Nada os une señora con ese hombre?

(Movimiento muy marcado de negativa, de doña Isabel.)

¡Ay de vos si mentís!

DOÑA ISABEL.-(Con orgullo.) ¡Soy española!

FULVIA.-¿Juráis por vuestro Dios?

DOÑA ISABEL: (Con solemnidad.) ¡Juro en su nombre!

Por la existencia de mis hijas caras,  
por la memoria de mi madre muerta,  
os juro que del crimen a las aras  
nunca llevé mi honor; y si no acierta  
a conoceros mi rogar prolijo,  
si de vos la sospecha no se aparta  
y una prueba queréis...

FULVIA.-Bien, os la exijo.

DOÑA ISABEL.-Os la daré.

FULVIA.-Al instante.

DOÑA ISABEL.-En esta carta.

(Dándole la que leyó al principio del acto.)

FULVIA.-(Leyendo apresuradamente:)

"El amor de madre y la amistad se unen para devolver el poder al amigo y la madre a las hijas. Sea en hora buena. Señora: podéis contar conmigo como cuento con vos. La rebelión estallará y Dios me protegerá después. A vos toca convencer a Vasco, instadle; suplicadle, si es necesario, aunque temo que no podéis triunfar de su lealtad; sobré todo prudencia y discreción y contad enteramente conmigo.

"Hernando."

(Fulvia después de leer queda profundamente pensativa.)

DOÑA ISABEL.-¿Y dudaréis aún?

FULVIA.-Ya no, señora;  
devuélveme esta carta una esperanza,  
pero vacilo y me estremezco ahora,  
porqué otro mal a entrambas nos alcanza.

DOÑA ISABEL.-¿Un nuevo mal? ¡Decid!

FULVIA.-Ya no se escucha  
de las terribles armas el estruendo.

DOÑA ISABEL.-Don Vasco acaso terminó la lucha.

FULVIA.-La terminó tal vez, pero muriendo;  
nosotras a morir le condenamos,  
mi celo y vuestro amor diéronle muerte.

DOÑA ISABEL.-¡Callad, Fulvia, callad! ¿Por qué tardamos  
en ir las dos a averiguar su suerte?

FULVIA.-¡Tenéis razón! a perecer con él,  
o a pedirle su vida a vuestro esposo.

DOÑA ISABEL.-A salvarlo las dos.

FULVIA.-¡Doña Isabel,  
olvidad la rival!

DOÑA ISABEL.-¡Dios poderoso,  
protege al infeliz!

FULVIA.-Con nudo estrecho  
nos unan a las dos eternos lazos,  
olvidad lo pasado, aquí en mi pecho.

DOÑA ISABEL.-Pensad en el presente aquí en mis brazos.

(Abrazándose estrechamente.)

¡A salvar a don Vasco!

FULVIA.-¡Pronto!

DOÑA ISABEL.-¡Vamos!  
Y nuestro esfuerzo la amistad sostenga.

FULVIA.-¡Jurémoslo, señora!

(Tendiéndole la mano.)

DOÑA ISABEL.-(Estrechándosela,) ¡Lo juramos!  
Y Dios en pos de, nuestros pasos venga.

(Doña Isabel dice el último versó con profunda energía; y ambas, abrazadas,, salen por, la. puerta de la derecha y cae el telón)

## ACTO TERCERO

(La decoración del acto anterior. Es de día.)

### ESCENA I

(Don Pedrarias sentado cerca de la mesa sobre la cual está la daga que en el primer acto dio Vasco a Hernán Núñez.)

PEDRARIAS.-¿Será preciso que al poder se llegue  
por una senda con la sangre tinta?  
Y el acero que penda a nuestra cinta,  
¿habrá de ser el que la sangre riegue?  
¡Frágil humanidad! cuál te deslumbra  
en tu ambición, una ilusión de mando,  
que en realidad se torna, sólo cuando  
la suerte en sus caprichos nos encumbra.  
¡Mandar! y ¿para qué? Para estar sólo  
pensando sin cesar en el castigo,  
no ver en nadie ni parcial ni amigo  
y encubierto doquier hablar él solo.

(Levantándose.)

¿Mas qué digo, infeliz? ¿No estoy acaso,  
por tan necia pasión también cegado?  
¿Y con mi propia espada no he regado  
sangre de quien me detuviera el paso?  
Mas ellos lo quisieron; me obligaron  
a acudir al rigor porque imprudentes,  
seducidas tal vez aquellas gentes  
audaces contra mí se rebelaron.  
En mi contra no fue: la rebelión,



tomando por pretexto mi persona,  
atacaba de España la corona  
y al castigarla yo tuve razón.  
Muertas unos al filo del acero  
y en la prisión los otros, ¿qué me falta?  
Nada tal vez, pero a mi mente asalta  
la memoria de Vasco prisionero:  
la ley inexorable le condena  
por traidor a morir, tal es su suerte.  
¡Muy triste a la verdad!, pero su muerte  
a mi pecho por Dios no causa pena.  
Tranquilo estoy y cuando al fin me atreva  
a levantar para él aquí el cadalso,  
la frente erguida y sin temor yo alzo,  
porque la ley entre mis manos llevo.  
Don Vasco morirá, mas su memoria  
ha de vivir mientras exista el mundo,  
porque las olas de ese mar profundo  
con su rugir proclamarán su gloria,  
su gloria sí, que ni la muerte misma  
basta a sepultarla en el olvido;  
su gloria que hasta a mí, que lo he vencido,  
con su brillante resplandor me abisma.  
Suyo es el porvenir, mi poderío  
para llegar a tanto es muy pequeño,  
y yo no obstante con su gloria sueño...  
¿Suyo es el porvenir? ¿Suyo y no mío?  
Pero su vida que en mis manos tengo,  
¿No depende no más de una voz mía?  
¿Don Vasco por su vida trocaría  
esa gloria (Pensativo.) tal vez... que yo no tengo?  
Sacrifiqué su orgullo a mi ambición,  
yo por su gloria le daré su vida,  
si al fin la tiene por su mal perdida  
no es dura, ¡vive Dios! mi condición.  
Probemos por lo menos si el exceso  
de su noble ambición puedo vencer,  
tal vez lo lograré. ¡Hola, Oliver!

(Llamando por la puerta de la izquierda.)

Haré que venga a mi presencia el preso.

ESCENA II

(Pedrarias, Oliver que sale por la puerta izquierda)

OLIVER.-¿Qué me mandáis, señor?

PEDRARIAS.-Los prisioneros, ¿están asegurados?

OLIVER.-Ni uno solo  
evadirse podrá; mi vigilancia  
de todos os responde.

PEDRARIAS.-En ella fío.

OLIVER.-¡Cuánto, señor, de Vasco me interesa  
la desgraciada suerte! Ni murmura  
siquiera, ni se queja, sólo llora  
de su amigo infeliz la triste muerte.

PEDRARIAS.-¿La muerte de su amigo?

OLIVER.-De Hernán Núñez  
que denodado combatió, e intrépido  
de quien como rebelde se lanzaba,  
sin esperanza de vencer, buscando  
dónde con honra sucumbir al menos.  
Y sucumbió, señor.

PEDRARIAS.-Digno castigo  
de quien rebelde a obedecer se niega  
las órdenes del Rey. Dime, ¿y don Vasco?

OLIVER.-Entre la multitud fue sorprendido  
sin espada señor, sin arma alguna.  
Incapaz de oponerme resistencia,  
a mi primera intimación por preso  
se me diera. Al instante, obedeciendo  
vuestras órdenes mismas, le conduje  
al sitio que a la tropa presta, asilo,  
y de todos aislado lo conservo,  
y nadie le ha de hablar sin orden vuestra.

PEDRARIAS.-¿Cómo don Vasco, capitán, disculpa  
tan horrible traición?

OLIVER.-Señor, la niega;  
y dice que jamás se ha rebelado

contra el monarca cuya ley acata.

PEDRARIAS.-Dirá que contra mí.

OLIVER.-No, no lo ha dicho,  
mas parece que oculta algún secreto,  
y su inocencia sin embargo jura.

PEDRARIAS.-¡Su inocencia! ¡Mentira! ¿No tenemos  
de su infame traición prueba bastante?  
¿No fue con los rebeldes aprehendido?  
Pero si puede, su inocencia pruebe,  
justicia sabré hacer a su disculpa,  
que gozo mucho más cuando perdono,  
que si obligado, a mi pesar, condeno.  
Al punto, capitán, haced que venga,  
custodiado, don Vasco a mi presencia,  
tal vez conmigo su secreto rompa;  
su existencia salvando.

OLIVER.-Os obedezco.

(Se va por la puerta de la derecha.)

### ESCENA III

(Pedrarias.)

PEDRARIAS.-Veré si Vasco prefiere  
su gloria más que su vida;  
yo, yo gano la partida,  
o en ella don Vasco muere.  
Ese mar que él descubrió  
le da inmarcesible fama;  
vida tendrá si la ama  
mas quiero su gloria yo.  
Aunque mi ambición le asombre  
sabrà que puede vivir  
con que me deje escribir  
sobre una cara mi nombre.  
Y vale más a mi juicio  
desprenderse de esa gloria,  
que oscurecer su memoria,  
perciendo en un suplicio.  
Mas fuerza será primero,

y a ella debo resignarme,  
para perdonar, mostrarme  
como juez recto y severo.  
Lo que no pueda el rigor,  
o no alcance la amenaza  
de morir en esa plaza  
con la muerte de un traidor,  
acaso podrá lograr  
halagando mi ambición  
de gloria la condición  
con que ofrezca perdonar.  
¿Y si resiste?... ¡Que muera!  
Resistir será imprudencia  
cuando juega su existencia;  
si resistiere, que muera;  
la ley castiga, yo no,  
y si castiga la ley,  
quéjese en buen hora al rey  
que no hice las leyes yo.  
Y pues que la ley me ayuda  
para saciar mi ambición  
aprovechar es razón  
esa ley que ahora me escuda.  
El preso ya va a llegar,  
él decidirá su suerte;  
vida si la quiere, o muerte  
si quiere gloria alcanzar.

(Mientras Pedrarias dice los cuatro últimos versos, Oliver entra por la derecha seguido de los soldados que conducen a Vasco preso.)

#### ESCENA IV

(Pedrarias, Vasco, Oliver y Soldados: Vasco al entrar se detiene un momento en la puerta y después de las primeras palabras de Pedrarias se adelanta con dignidad. Oliver y los soldados ocupan el fondo.)

PEDRARIAS.-Llegad, Vasco, llegad; no de esa suerte  
así abatido en mi presencia os quiero.

VASCO.-No se abate, señor, ni con la muerte  
quien ha ceñido como yo un acero.

PEDRARIAS.-Pero atormenta la mortal congoja,

a aquel que preso, como vos, se mira  
porque en sangre traidor, su espada moja  
osando contra el Rey.

VASCO.-¡Traidor! ¡Mentira!  
Esta sangre que corre por mis venas  
al nombre de traidor se irrita sola,  
que lo que es la traición conoce apenas  
quien tiene como yo sangre española.

PEDRARIAS.-(Con marcada ironía.)  
Los sucesos de ayer en vuestro abono,  
¿por qué no los citáis?

VASCO.-¿Por qué, señor?  
Porque no abrigo contra nadie encono,  
y en ellos nada más miro un error.

PEDRARIAS.-La culpa de ese error es sólo vuestra:  
del crimen de traición sois delincuente.

VASCO.-Tal vez la suerte me será siniestra;  
pero os lo dije ya; soy inocente;  
y alguien hay, don Pedrarias, que pudiera  
atestiguaros la inocencia mía.

PEDRARIAS. ¿Su nombre?

VASCO.-No, no lo diré aunque muera.

PEDRARIAS.-¿Qué os obliga a callarlo?

VASCO.-(Con nobleza.) Mi hidalguía.

PEDRARIAS.-Muy generoso sois.

VASCO.-Decís muy bien,  
y eso me honra, señor.

PEDRARIAS.-Mas no os defiende.

VASCO.-Y cómo llamaréis, decid, a quien  
tal generosidad no la comprende,  
a quien haciendo de poder alarde  
pensando que el poder le arrebatában,  
ese poder que perderá más tarde,

tan sólo respondieran me engañaban.

PEDRARIAS.-¡Miserable! estáis sobre un abismo  
y en vez de confirmar vuestra inocencia...

VASCO.-Es que en mi crimen no creéis vos mismo  
y otra cosa os dirá...

PEDRARIAS.-¿Quién?

VASCO.-La conciencia.

PEDRARIAS.-Las pruebas necesito.

VASCO.-¡Voto a Cristo!  
¿Y que mi acusación no ha sido vaga?  
¿Qué pruebas de mi crimen habéis visto?  
Ninguna os lo aseguro.

PEDRARIAS.-*(Con horrible frialdad.)* ¿Y esta daga?

VASCO.-*(Aparte, sorprendido.)*  
¡La de Hemando, que miro!

PEDRARIAS.-No os asombre..  
¿Decidme si esta prueba no os acusa  
cuando lleva en sí misma vuestro nombre?  
¿Por qué no la miráis? Dad una excusa  
que desvanezca este indicio cierto.  
Siempre el culpable ante la prueba calla.

VASCO.-*(Aparte,)* Dirá que me disculpo con un muerto  
si Hernando ha perecido en la batalla.

PEDRARIAS.-Concluyamos, don Vasco.

VASCO.-En hora buena.

PEDRARIAS.-¡Esta arma conocí!

VASCO.-Sí, don Pedrarias.

PEDRARIAS. Esta prueba me basta y os condena.

VASCO.-Otras, señor, yo juzgo necesarias.

PEDRARIAS.-¡Otras! ¿Y para qué si estáis confeso, reconociendo esta arma como vuestra?

VASCO.-Pero advertid, señor, que no he dicho eso, y esa interpretación es poco diestra.

PEDRARIAS.-Que estáis confeso de traición os digo.

VASCO.-Que os engañáis señor os aseguro.

PEDRARIAS.-Tenéis en contra este testigo,

(Mostrando la daga.)

VASCO.-Que acusarme no puede yo os lo juro.

PEDRARIAS.-Conocida la habéis.

VASCO.-No como mía.

PEDRARIAS.-Luego entonces sabéis quién es su dueño.

VASCO.-Si lo supiera..,

PEDRARIAS.-¿Qué?

VASCO.-Lo callaría.

PEDRARIAS.-¿Y si firme en saberlo yo me empeño?

VASCO.-¿Y si firme en callarlo me obstinara?

PEORARIAS.-Silencio tal, os costará la vida.

VASCO.-Tanto a la muerte le miré la cara que sin temblar espero su venida.

PEDRARIAS.-Acabemos, don Vasco.

VASCO.-Sí, por Dios.

PEDRARIAS.-Esta daga decid si os pertenece o quién su dueño es.

VASCO.-Que lo sois vos, al verla en vuestras manos me parece.

PEDRARIAS.-¿Y no sabéis, decid, si la arrancara  
a otra mano tal vez mi propia mano?  
¿Y si fuera la que antes la empuñara  
la mano, ¡vive Dios! de algún villano?

VASCO.-Don Pedrarias, tened, tened la lengua;  
y sabed que esa daga la empuñó  
quien ni del Rey sufriera tanta mengua.

PEDRARIAS.-Luego habéis sido vos.

VASCO.-No, no fui yo.

PEDRARIAS.-Pero sabéis entonces...

VASCO.-Lo sé, sí;  
sé de quién fue esa daga compañera.

PEDRARIAS.-¡Su hombre!

VASCO.-Oculto guardarélo aquí,  
don Pedrarias, creedlo, y aunque muera  
no lo diré.

PEDRARIAS.-Pensad que fue un traidor.

VASCO.-Un desgraciado fue.

PEDRARIAS.-Vais a morir  
si su nombre calláis.

VASCO.-Yo con valor  
la desgracia y la muerte sé sufrir.

PEDRARIAS.-Os obstináis, don Vasco; bien comprendo  
que pretendéis así con torpe ardid  
ocultar la verdad y estáis mintiendo;  
y pues la vida os va, mentid, mentid.

VASCO.-De tales amenazas yo me río,  
no morirá conmigo mi memoria,  
el porvenir, Pedrarias, todo es mío,  
y un mar al orbe le dirá mi gloria.  
Presa vuestra alma de ambición a solas  
para hacerme morir pretextos fragua,



yo más grande que vos busqué las olas,  
para escribir mi nombre sobre el agua  
y lo escribí imborrable, en este océano  
"vasco" ha de leer el siglo más remoto,  
y no habéis de borrar con vuestra mano  
lo que no borra el agitado noto;  
condenadme a morir, que ya dispuesta  
la víctima tenéis.

PEDRARIAS.-(Aparte.) ¿Cómo alcanzar  
su gloria para mí? (Alto.) Mucho me cuesta,  
mas si queréis os puedo perdonar.

VASCO.-Sin condición, señor.

PEDRARIAS.-Con una sola.

VASCO.-Admitirla podré, si no me obliga  
a desdecir en mí la honra española.

PEDRARIAS.-A solas es preciso que os la diga.

(A Oliver.)

Esperad, Oliver, por un momento  
mis órdenes; afuera, con la gente  
la entrada custodiad de ese aposento;  
no encuentre paso quien pasar intente.

(Oliver y los soldados se retiran por donde entraron.)

## ESCENA V

(Vasco, Pedrarias.)

VASCO.-Solos estamos ya, mas no me ocurre  
de tal misterio la razón cuál sea.

PEDRARIAS.-Si la propia razón no lo discurre...

VASCO.-Que vos me lo diréis, dejad que crea.

PEDRARIAS.-Pero a tener paciencia yo os exhorto,  
que importa al existir y al nombre vuestro.

VASCO.-Espero por lo menos que seáis corto  
próspero sea el asunto, o sea siniestro:  
que por poco o por mucho que yo aguarde  
jamás el bien me llegará temprano  
ni el mal tampoco llegaréme tarde,  
si evitar ese mal no está en mi mano.

PEDRARIAS.-¿Amáis la vida?

VASCO.-Si la vida es llanto,  
en la muerte no más se halla consuelo.

PEDRARIAS.-¿Habéis acaso padecido tanto  
que abandonéis sin pesadumbre el suelo?

VASCO.-No aborrezco la vida, si de penas  
no ha estado exenta la existencia mía,  
no me han faltado nunca horas serenas,  
horas de amor, de gloria y de alegría.

PEDRARIAS.-Pues si queréis guardar aquella vida  
que a pedirlo tal vez estáis cercano,  
a ello don Pedrarias os convida  
y pondré vuestra vida en vuestra mano.

VASCO.-A fe que no os entiendo.

PEDRARIAS.-Conquistado,  
don Vasco, tenéis ya renombre y fama,  
y a más de vuestros hechos de soldado,  
de un mar descubridor hoy se os aclama.  
¡Descubridor de un mar! ¿Lo habéis oído?  
Lo que voy a deciros no os asombre  
y quedad de una vez, por mí, advertido,  
que Pedrarias para él quiere ese nombre.

VASCO.-¡Callad, callad! si vuestra mente loca...

PEDRARIAS.-Que no escucho, os advierto,  
reflexión, o vida o gloria, resolver os toca,  
no admite otros extremos mi ambición:  
si la gloria me dais, os doy la vida;  
cuando la muerte puedo daros yo,  
mirad lo que arriesgáis en la partida...

VASCO:-Ya he elegido, señor.

PEDRARIAS.-¿La vida?

VASCO.-(Con energía.) No.  
La muerte, don Pedrarias, y la gloria,  
que mil vidas y más que yo tuviera,  
por legar a los siglos mi memoria  
sin vacilar, Pedrarias, os la diera.  
De aquese mar que soy descubridor  
ni una arena para otro la concedo;  
porque es cada una un título de honor,  
y traficar con el honor no puedo.  
Condenadme a morir, mi alma española  
cuando deje del cuerpo las prisiones  
se elevará del genio con la aureola  
publicando mi nombre a las naciones.  
Haced si os place de cruel alarde,  
que mi sangre al caer, en vuestra frente  
escribirá la nota de cobarde.

PEDRARIAS.-¡Hola, Oliver, aquí con vuestra gente!

(Oliver entra con los soldados.)

## ESCENA VI

(Vasco; Pedrarias; Oliver, Soldados.)

PEDRARIAS.-Al preso conducid a la capilla;  
y al pueblo vigilad, no se alborote.  
¿Qué queréis para morir?

VASCO.-Los de Castilla  
necesitan no más un sacerdote.

PEDRARIAS.-Ya lo escuchas. La ejecución mañana;  
vuestra vida, del preso me responde;  
el cadalso en la plaza más cercana.

VASCO.-¡Os veré, don Pedrarias!

PEDRARIAS -Vasco; ¿en donde  
si a separarse va vuestra existencia?

VASCO.-Y no morimos, es verdad, los dos;  
mas el grito escuchad de la conciéncia,  
que me veréis os dice.

PEDRARIAS.-¡No!

VASCO.-*(Con solemnidad.)* ¡Ante Dios!

PEDRARIAS.-¡Ah! *(Cubriéndose la cara)*

*(Vasco sale en medio de los soldados por la puerta por donde entró: en el mismo momento doña Isabel abre la otra puerta y al ruido vuelve la cara don Pedrarias.)*

## ESCENNA VII

*(Don Pedrarias, doña-Isabel y Fulvia que se queda algo retirada.)*

PEDRARIAS.-*(Viendo a doña Isabel.)* ¡Doña Isabel!

DOÑA ISABEL.-Si ahora  
mi visita es importuna...

PEDRARIAS.-Siempre para mí, señora, estar con vos es fortuna.

DOÑA ISABEL.-Sin duda habéis descansado  
de la pasada contienda.

PEDRARIAS.-Nunca descansa el soldado.

DOÑA ISABEL.-Que de otra, Dios os defienda.

PEDRARIAS.-Y que alumbre mi razón  
en actos que a la milicia  
deben de seguir y son...

DOÑA ISABEL.-¿Actos de qué?...

PEDRARIAS.-De justicia.

*(Movimiento de sorpresa de Fulvia.)*

FULVIA.-*(Aparte)* No sé por qué me estremezco  
al eco de esa palabra.

PEDRARIAS.-Doña Isabel, compadezco  
a quien su desdicha labra,  
y me causa grande pena,  
aunque en ello sirva al Rey,  
a aquel que la ley condena  
aplicarle yo la ley.

DOÑA ISABEL.-Usando de la clemencia  
podéis templar su rigor.

PEDRARIAS.-Señora, ¿con qué conciencia  
puede salvarse a un traidor?

FULVIA.-(Aparte.) Cada palabra una fibra  
me rompe del corazón.

DOÑA ISABEL.-Tal vez, don Pedrarias, libra  
a un culpable la razón  
que la clemencia aconseja.

PEDRARIAS.-Bien pudiera suceder,  
mas quien de la ley se aleja  
culpable tiene que ser.  
Y perdonadme, señora,  
si suspicaz en mi juicio  
pienso descubrir ahora  
en tanto argüir un indicio  
de que alguien hay que ha logrado  
alcanzar vuestro favor.

DOÑA ISABEL.-Sí, señor, un desgraciado.

PEDRARIAS.-(Con energía.) No señora, no; un traidor.  
Vais a interceder...

DOÑA ISABEL.-¿Por quién?

PEDRARIAS.-Por don Vasco, me imagino.

DOÑA ISABEL.-Esa huérfana también  
se interesa en su destino.

(Señalando a Fulvia que inmediatamente se arroja a los pies de don Pedrarias.)

PEDRARIAS.-¡Fulvia ! ¿Qué queréis? Alzad.

FULVIA.-¡Ah! señor, padezco tanto  
que vengo a vuestra bondad  
a merecer con mi llanto.

PEDRARIAS-De vuestro dolor el peso  
¿cómo he de aliviar? Alzad.

(Levantándola.)

FULVIA.-Señor, concediendo al preso...

PEMARIAS.-¿A Vasco, qué?

FULVIA.-Libertad.

PEDRARIAS.-¡Imposible!

FULVIA.-Esa respuesta...

DOÑA ISABEL.-No la dictó el corazón.

PEDRARIAS. (Aparte.)  
Dice bien. (Alto.) Mucho me cuesta...  
(Aparte.) Me la dictó la ambición.  
(Alto.) Imposible, os lo repito;  
con dolor, pobre mujer,  
mas de don Vasco el delito...

FULVIA.-¡Delito! ¿Podéislo creer?  
¿Quién os salvó, don Pedrarias,  
entre el confuso tropel  
de las masas tumultuarias?  
¿Quién os salvó si no él?

PEDRARIAS.-¿Pero quién después,  
villano a esas masas agitó;  
y armó del pueblo la mano?  
¿Quién fue decidme?

FULVIA.-(Con energía.) ¡Fui yo!

PEDRARIAS.-(Con aparente dulzura.)  
Bien cumplís con vuestro amigo  
y sois asaz generosa.

FULVIA.-Y de ello tengo un testigo.

PEDRARIAS.-¿Quién es, Fulvia?

DOÑA ISABEL,(Con nobleza.) ¡Yo!

PEDRARIAS.-¡Sorpresa! ¡Mi esposa!

DOÑA ISABEL.-¿Y eso os da, Pedrarias, susto?

PEDRARIAS.-Ese rasgo de bondad digno es de vos.

DOÑA ISABEL.-Es un justo testimonio de verdad.

PEDRARIAS.-Señora, por vida mía, que estáis hablando de modo que otro que yo pensaría que capaz erais...

DOÑA ISABEL.-De todo por salvar, señor, a ese hombre.

FULVIA.-¡Bajo, a doña Isabel! Veo señora, que os perdéis.

PEDRARIAS,- ¡Cuidad al menos mi nombre!

DOÑA ISABEL.-Vos, señor, no le manchéis.

PEDRARIAS.-¡Mancharlo! Por Dios os juro que a pesar de la malicia sabré conservarlo puro.

DOÑA ISABEL.-Y si hacéis una injusticia condenando a un inocente, porque a la suerte le plugo perseguirlo, delincuente, seréis más su Verdugo; y os dejará su existencia, si en ella no sois clemente, un tormento en la conciencia, mancha de sangre en la frente. Y al cabo de vuestros años os mancharéis de tal modo,

que traerán propios y extraños  
vuestro nombre por el lodo.

PEDRARIAS.-(Impaciente.) Mi sufrimiento se gasta  
y tanto hablar me importuna.

FULVIA.-(Suplicando.) ¡Ah, señor....!

PEDRARIAS.-(Con altanería.) Callad, que basta  
para suplicar con una.

FULVIA.-(Con ira.) Tal ofensa a la mujer  
no hace nunca un caballero,  
ni, abusa así del poder  
quien lleva a la cinta acero.  
Y advertid, señor, qué infamia  
hacer de poder alarde,  
y otra cosa honor reclama  
de quien no es...

PEDRARIAS-Decid.

FULVIA.-¡Cobarde!  
Y si por fortuna alcanza  
a ofenderos mi lenguaje,  
es, señor, que en mi venganza  
vuelvo ultraje por ultraje.  
Justicia, que no favor  
vine a pedir os rendida;  
y os equivocáis, Señor,  
si pensáis verme abatida.  
Que aunque el dolor que me asalta  
a darme la muerte empieza  
ni para morir me falta  
valor, constancia y nobleza.

PEDRARIAS.-Deliráis, Fluvial, y perdono  
de vuestra: Mente el exceso  
que nada alega en abono  
de don Vasco.

DOÑA ISABEL.-De ese preso  
yo probaré la inocencia.

FULVIA.-Señora, ¿qué vais a hacer?



DOÑA ISABEL.-Me manda...

FULVIA.-¿Quién?

DORA ISABEL.-Mi conciencia.

FULVIA.-¿Qué?

DOÑA ISABEL.-Cumplir con un deber,  
del cual ninguno me aparta.

PEDRARIAS.-¿Qué habéis dicho?

DONA ISABEL.-La verdad  
La hallaréis en una carta.

FULVIA.-(A doña Isabel.) ¡Callad, señora, callad!

DOÑA ISABEL.-¿Cómo queréis que enmudezca!  
si una vida hay de por medio  
¿la he de dejar que perezca,  
si está en mi mano el remedio?

FULVIA.-Ya no le tenéis, ahora.

DOÑA ISABEL.-Tengo la carta de Hernando.

FULVIA.-¿Que está en mis manos, señora,  
tan pronto estáis olvidando?

DOÑA ISABEL.-Ella a don Vasco protege.

FULVIA. Mas como os condena a vos  
no esperéis que yo la deje.

DOÑA ISABEL.-¿Dádmela, Fulvia, por Dios!

FULVIA.-No supliquéis, que es en vano.

PEDRARIAS.-Tengo de esposo el derecho  
y os la arrancará mi mano.

FULVIA.-(Con resolución.) ¡Atreveos!

PEDRARIAS.-A mi despecho  
ya tanta audacia me irrita,

mirad que tenéis que darla.

FULVIA.-Que vengáis se necesita,  
de mis manos a arrancarla;  
miradla aquí don Pedrarias.

(Mostrándole la carta.)

DOÑA ISABEL.-Esas letras a la vida  
de Vasco son necesarias.

FULVIA.-Pero estáis comprometida  
en ellas, señora. Y yo  
a quien por mi bien se afana,  
¿habré de perderla? ¡No!  
Que fuera acción tan villana  
que os abriera el precipicio,  
quien tiene valor bastante  
para haceros sacrificio  
de la vida de su amante,  
soy de don Vasco en la suerte  
tan culpable como vos;  
si le matan, a la muerte  
le hemos llevado las dos.  
Sólo salvarlo pudieran...

DOÑA ISABEL.-Acaso mi vida sola.

FULVIA.-Las vidas que por él dieran  
esta india y esa española;  
no me falta a mí nobleza,  
no cedo en nobleza a vos,  
no caerá vuestra cabeza  
si no caen las dulas dos;  
y pues cuando aquí venimos  
fiel amistad nos juramos,  
o juntas las dos morimos,  
o ambas a dos nos salvamos.  
Lo que perderos pudiera  
está entre mis manos hoy,  
y muera Vasco o no muera,  
esta carta no la doy.

DOÑA ISABEL.-*(En tono de súplica y tomando la mano en que Fulvia no tiene la carta.)*  
¡Fulvia! ¡Fulvia! por favor...

FULVIA.-Nada hay que mi intento tuerza.

PEDRARIAS.-¿No la dais?

FULVIA.-No; no, señor.

PEDRARIAS.-Pues me la dará la fuerza.

(Por un movimiento rápido, Pedrarias sujeta la mano en que Fulvia tiene la carta, se la quita y pasa lentamente al otro lado de manera que doña Isabel quede interpuesta entre él y Fulvia. Ésta hace esfuerzos para lanzarse a Pedrarias y es contenida por doña Isabel, mientras aquél lee bajo la carta. Todo como lo indica el sentido de los versos.)

FULVIA.-¡Qué habéis hecho!

PEDRARIAS.-¿No lo veis?

DOÑA ISABEL.-(Con alegría.) ¡Se ha salvado!

FULVIA.-¡Y os perdéis!

DOÑA ISABEL.-¡Apartad!

FULVIA.-¡Doña Isabel! Dejadme!

DOÑA ISABEL.-No puede ser.  
Fuerza es que la carta lea.

PEDRARIAS.-(Aparte, después de haber leído.)  
Me hace su inocencia ver,  
¿Le perdono?... ¡No!... ¡Qué idea!

(Alto, con fingida tranquilidad.)

¡La leí!

FULVIA.-(Suplicando) ¡Señor!

DOA ISABEL.-¿Y bien?

PEDRARIAS.-(Con ironía.) Hábil sois, señora, asaz  
Más por fortuna también,  
Tengo yo algo de sagaz,  
Y miro que este papel...

DOÑA ISABEL. ¿Qué miráis, señor, decid?

PEDRARIAS.-Es...

DOÑA ISABEL.Acabad.

PEDRARIAS.- Doña Isabel,  
es un generoso ardid  
es bien de la libertad  
de don Vasco, y aunque sé  
apreciar tanta bondad  
pienso que, el escrito fue  
fraguado...

DONA ISABEL.-¿Por quién?

PEDRAIRIA.-Por vos.

FULVIA.-¡Eso la salva!

DONA ISABEL.-No es cierto,  
Firmada está.

PEDRAIRIA.-Sí, por Dios.  
mas con la fuerza de un muerto.  
¿Y os habéis imaginado  
que aunque don Vasco sucumba,  
a decir que la ha firmado  
se alce Hernando de la tumba?

DOÑA ISABEL.-Tenéis corazón de hiena.

(A Fulvia.) Ya lo veis, fue en vano todo.

PEDRARIAS.-A aquel que la ley condena  
no hallo de salvarlo modo.  
Anduviste poco diestra  
en tenderme aquestos lazos,  
que dan de débiles muestra  
cuando así se hacen pedazos.

(Rompiendo con frialdad la carta.)

DOÑA ISABEL.-¿Qué hacéis?

PEDRARIAS.-De vuestra imprudencia  
ningún indicio dejar.

(Aparte.) Ni nada que la inocencia  
pueda de Vasco probar.

(Alto.) Y pues, tanto os ha afligido  
del prisionero la suerte,  
aun no está todo perdido  
y estorbar podéis su muerte.

FULVIA.-¿Qué decís?

DOÑA ISABEL.-Mas decidnos de qué modo.

PEDRARIAS.-Y vos, Fulvia, que lo amáis  
podéis conseguirlo todo.

FULVIA.-Decidme qué debo hacer,  
todo por él lo atropello;  
si es preciso esta mujer  
dará por su vida el cuello.

PEDRARIAS.-Menos exijo.

DOÑA ISABEL.-Señor, decid.

PEDRARIAS.-Me vais a escuchar:  
don Vasco es descubridor,  
como lo sabéis, de un mar;  
pues que me ceda esa hazaña,  
que me dé su gloria a mí,  
y que se diga en España,  
que yo ese mar descubrí.  
En sus marítimas cartas  
haced que ponga mi nombre,  
y cesan sus penas hartas  
si me las da, no os asombre,  
que yo a ello me doblegue  
que de fama ansioso estoy.  
Que él esas cartas me entregue  
y la libertad le doy.

FULVIA.-¿De veras?

PEDRARIAS.-Por vuestro amor rogadle.

FULVIA.-Mas para entrar  
será preciso, señor...

PEDRARIAS.-La firma que os voy a dar.

(Podrarias se acerca a la mesa y escribe un papel que da a Fulvia.)

Partid que el tiempo se va.

FULVIA.-*(A doña Isabel.)* Señora, ¿venís conmigo?

DOÑA ISABEL.-Sí.

PEDRARIAS.-Doña Isabel será un auxilio.

DOÑA ISABEL.-Sí *(aparte)*, un testigo

*(Se van por la puerta de la derecha.)*

#### ESCENA OCTAVA

*(Pedrarias.)*

PEDRARIAS.-Id y os proteja la suerte,  
a luchar gloria y amor  
van con la vida y la muerte...  
¡Veremos, descubridor!

### ACTO CUARTO

*(Decoración corta, que representa una pieza interior de un alojamiento de soldados; del mismo género que las anteriores, pero de miserable aspecto. A la derecha del actor una mesa con un Crucifijo y un libro de oraciones sobre un atril. A la izquierda, ventana que se abre a su tiempo. Puerta practicable en el fondo, en que habrá un centinela, mesa y bancos; sobre la mesa una caja de tamaño regular.)*

#### ESCENA I

*(Vasco tristemente sentado sobre un banco. El centinela apoyado sobre su arma.)*

VASCO.-Antes que baje a occidente  
ese sol que alumbra el mundo,  
en el sepulcro profundo  
iré a reclinar la frente.

Caerá mi sangre en un suelo  
do nadie regará flores,  
al morir, ni mis amores  
¡ay! me seguirán al cielo.  
¡Morir! palabra cruel  
para quien tiene en la vida  
alguna ilusión querida,  
que nació sólo para él.  
De aquel que en su pecho siente  
arder el fuego de gloria,  
nunca muere la memoria  
si un laurel lleva en su frente,  
por eso ni un solo día  
mi nombre se olvidará,  
y mi tumba bañará  
la luz de la gloria mía.  
Gloria que he guardado en ti  
cofre que no morirás,  
y que a abrirte a España vas  
para decirle quién fui.  
Cumple tú del moribundo  
con la voluntad postrera,  
guarda, tú, mi gloria entera  
para que la sepa el mundo.  
¡Ay! si así de mis amores  
pudiera el recuerdo fiarte,  
pero de ellos ¿qué he de darte  
si están marchitas sus flores?  
Triunfos alcancé y honor  
tanto que a ninguno cede.  
¿Pero quién volverme puede  
¡ay! las flores de mi amor  
¡Gloria y amor! tal fue el cielo  
que en mi mente me forjé:  
gloria y amor alcancé,  
y gloria y amor anhelo...  
¡Insensato desvarío!  
Al tocar la eternidad  
la humana fragilidad,  
¡perdónala tú, Dios mío!

(Cayendo de rodillas ante el Crucifijo.)

Perdóname, sí, Señor,  
que olvidaba temerario  
la Víctima del Calvario

por un recuerdo de amor.  
Perdóname por tu cruz  
hoy que la vida abandono;  
y mañana ante tu trono  
goce yo la eterna luz.  
¡Perdón! ¡perdón! te ofendí;  
pero responde a mi grito:  
"Pobre mortal, ven, bendito  
de mi Padre, ven a mí; "  
y si mi suplica ardiente,  
Señor, a tu trono fue,  
¡ay! un rayo de la fe  
baje de Fulvia a la frente;  
que antes de morir la vea  
adorando en el Dios hombre,  
que olvide, Señor, mi nombre,  
pero que en tu nombre crea.  
Llévame, Señor, a mí,  
a acompañarte en el cielo  
y si ella queda en el suelo  
que quede creyendo en ti.  
Y mis lágrimas que ahora  
regando están tu ara Santa  
allá donde el ángel canta  
cesen a la nueva aurora.

(Queda en un abatimiento profundo con la cabeza apoyada entre las manos. Momento de silencio, después del cual se oye dentro la voz de un pregonero.)

PREGONERO.- "Éste es el castigo impuesto  
por el Rey..."

VASCO.- (Levántándose sobresaltado,)- ¡Esta voz!

PREGONERO- "Y su teniente don Pedrarias Dávila".

VASCO.-- (Escuchando) Del pregonero  
que siga adelante, sí.

PREGONERO.- "Contra Vasco Núñez de Balboa por  
traidor y usurpador de los terrenos de la Corona."

VASCO,- ¡Mentira! Jamás en mí  
cupo crimen tan grosero;  
a mi Rey servido he  
sin sus leyes traicionar,



que nada más de aumentar  
sus dominios me ocupé.  
Si Pedrarias me castiga  
no manchará mi memoria,  
que de don Vasco la historia  
puede que otra cosa diga.

FULVIA.- (Dentro.) Dadnos paso, por favor.

VASCO.- Es su voz. ¡Dios poderoso!

CENTINELA.- (Dentro.) 'Atrás; señora, es forzoso.

DOÑA ISABEL.- (Deníro.) Orden del Gobernador.

## ESCENA II

(Vasco, Fulvia que entra apresuradamente y se echa a los pies de Vasco, detrás de ella doña Isabel que se queda algo retirada; el centinela en su puesto)

VASCO.- ¡Aquí, Fulvia!

FULVIA.- Que viene ante tus plantas  
a pedirte la paz del corazón,  
regándolas con llanto.

VASCO.- ¡Levántate, infeliz!

FULVIA.- No me levanto  
si no oigo de tus labios mi perdón.

VASCO.- (Levantándola.) Levántate, lo ruego.  
(a doña Isabel.) Vos, señora,  
¿por qué de mí apartada  
tenéis en tierra fijos vuestros ojos?

DOÑA ISABEL.- Es que tienen a mi alma destrozada  
del cruel remordimiento los abrojos.

FULVIA.- ¡Vasco, por compasión...!

VASCO.- ¡Pobres mujeres,  
calmad vuestro tormento!

DOÑA ISABEL.-¿Cómo calmarlo, Vasco?

FULVIA.-Si tú mueres,  
¿cómo acallar el cruel remordimiento?

VASCO.-¿Quién habla de morir?  
La vida mía que por el triste suelo  
como pobre riachuelo  
lentamente corría  
por huracán indómito agitada  
va a salir nada más de sus prisiones.

FULVIA.-En las alas llevada  
del terrible huracán de mis pasiones,  
mis celos imprudentes  
de tu vida las horas abreviaron,  
y aquestos labios que moverse sólo  
para hablarte de amor, Vasco, debieron,  
me horrorizo pensando que mintieron,  
y que tu nombre a luces calumniaron.

DOÑA ISABEL.-Y el imprudente amor de aquesta madre  
os ha abierto la senda del suplicio;  
mas si dado me fuera,  
cerrarla con mi vida, yo la diera  
gustosa por la vuestra en sacrificio.

VASCO.-Te engañas, Fulvia; vos doña Isabel,  
os engañáis también; no, no vosotras  
ocasionáis mi muerte,  
de mi infelice suerte  
las causas fueron otras.  
Pusisteis sin saberlo la ocasión  
de que se sacie una pasión bastarda,  
no penséis que rencor mi pecho aguarda,  
que extraño como siempre al vil encono  
el error de las dos yo lo perdono.

FULVIA.-Para acrecer mi pena te faltaba  
el mostrarte con ambas generoso.

DOÑA ISABEL.-Vuestra alma, Vasco, cual ninguna noble  
en medio del dolor no es menos grande;  
mas no sabéis cuánto a nosotras cara  
nos es vuestra existencia, hemos venido  
a rogaros las dos que la salvéis;

vos no debéis morir.

VASCO.-¿Imagináis tal vez que debo huir?  
Imposible, señora, no en la fuga  
ha de buscar dudosa salvación,  
quien puede sin rubor alzar la frente,  
quien en el pecho siente  
con nobleza latir el corazón.

FULVIA.-No, Vasco, no, del criminal la fuga  
no viniera a ofrecerte quien te adora,  
mas quien tu suerte llora  
te arrancará de brazos de la muerte.  
Venimos a ofrecerte  
el perdón que te otorga don Pedrarias.

VASCO.-¡Oh! calla, calla, lo comprendo todo;  
ese perdón envuelve mi ignominia.  
¡Y he de aceptarlo! no, de ningún modo.

DOÑA ISABEL.-¿Pero sabéis...?

VASCO.-Sí, sé que lo concede  
con una condición, señora, sola,  
que aceptarla no puede  
quien tiene como yo sangre española.

FULVIA.-Pero óyela siquiera.

VASCO.-No la digas  
que a decirle Pedrarias se atrevió,  
y a haber llevado acero a la cintura  
¡por Cristo vivo! que la audaz pregunta  
la hubiera contestado con su punta.  
No me la digas, no que aquesas cartas  
que son mi vida y que mi gloria son,  
las mismas que ambiciona  
para de aquí arrancarme una corona;  
este cofre las guarda  
y habrán de estar conmigo  
mientras que de mi vida la luz arda.

FULVIA.-Por mi amor te lo ruego.

VASCO.-No lo ultrajes,  
No así, Fulvia, hasta el suelo

el puro amor de nuestras almas bajas,  
déjale grande ser, ¿por qué humillada  
una vida quisieras  
que estuvo para amarte consagrada?  
De ese cofre serás depositaria.  
Guárdalo para ti. Fulvia querida,  
guárdalo para ti; porque es mi vida  
y mi postrera ofrenda funeraria.

(A doña Isabel.)

Y vos, doña Isabel, si algún consuelo  
darle queréis al pecho dolorido  
id por favor y lo que habéis oído  
contad a vuestro esposo.  
Quitad toda esperanza a su ambición;  
Dios poderoso su favor me presta  
y ya para morir sólo me resta  
que le llevéis también...

DOÑA ISABEL.-¿Qué?

VASCO. (Con solemnidad.) ¡Mi perdón!

FULVIA.-Volad, señora, suplicad de nuevo;  
y mi vida ofreced a vuestro esposo,  
que me admita, decidle, por su esclava;  
pero que aparte de mi pecho ahora  
el agudo puñal con que lo clava.  
¡La vida de mi Vasco! Sí, su vida.  
¡Corred, doña Isabel!

DOÑA ISABEL.-Voy al momento.

FULVIA.-Quién sabe si al volver tendré yo aliento.

(Se deja caer sobre un banco; doña Isabel sale apresurada. Vasco en silencio contempla a Fulvia un momento.)

### ESCENA III

(Vasco, Fulvia, el centinela en su puesto.)

VASCO.- (Después de contemplar a Fulvia por un momento y algo separado de ella dice, como para sí, los cinco primeros versos.)

Riega, mujer, con tu llanto  
la frente de un moribundo  
ya que por mi mal profundo  
tu amor que fuera mi encanto  
no me seguirá a otro mundo.

(Toma un banco y se sienta, al lado de Fulvia.)

Cese tu llanto, adorada,  
porque el tiempo que se va...

FULVIA.-Ya sé que no volverá,  
del abismo de la nada  
donde perdiéndose está.

VASCO.-Pero ese llanto me roba  
los encantos que me debes,  
en vez del llanto que bebes  
mi alma con tu amor arroba  
en estos instantes breves.

FULVIA.-¡Amor, Vasco! ¿Y para qué  
si todo en el mundo acaba?  
¡Ay! otro premio aguardaba  
esta mujer a la fe  
con que amarte te juraba.  
Pero está tu faz tranquila,  
no siento temblar tu mano  
y mi vista busca en vano  
lágrimas en tu pupila,  
¡y estás a morir cercano!  
¿Será que todo lo pierdo  
lo que esa calma me augura?  
¿Será tal mi desventura  
que no te quede un recuerdo  
de otras horas de ventura?

VASCO.-Ese recuerdo de aquí (Señalando el corazón)  
no se aparte ni un momento,  
y a habitar el firmamento  
irá con mi alma, sí, sí.  
Cuando me falte el aliento  
da para morir valor  
y en las penas resistencia,  
Fulvia mía, la creencia

de que en un mundo mejor  
me espera nueva existencia.

FULVIA.-(Levantándose.)  
¡Nueva existencia!... ¿Qué dices?

VASCO.-Que hay otro mundo mejor  
donde no impera el dolor,  
donde todos son felices.

FULVIA.-¿Y hay en ese mundo amor?

VASCO.-¿Si hay amor? Ésa es su ley  
todo allí el amor lo ordena,  
todo el amor lo encadena,  
y amor del supremo Rey  
se pinta en la faz serena.

FULVIA.-¡Háblame tú de ese mundo  
a donde a gozar se va,  
donde eterno vivirá  
del alma el amor profundo,  
háblame, te escucho ya.

VASCO.-Es una mansión de luz,  
mansión de santa alegría,  
donde se unirán un día  
los que adoran en la cruz  
con la fe del alma mía.

(Vasco continúa hablando con acento de inspiración; Fulvia al principio lo escucha atenta y apasionadamente, agitándose después por grados y manifestando en su semblante la impresión que producen en su alma las palabras de Vasco.)

A ese mundo caminamos  
los que en la tierra nacimos,  
por eso cuando morimos  
los que en un Dios adoramos  
para otro mundo vivimos.

FULVIA.-¿Dónde está ese Dios? ¿Quién es?

VASCO.-Es su mansión el espacio  
los cielos son su palacio,  
y dan alfombra a sus pies  
nubes de oro y de topacio.

El que a la flor da su aroma  
y a los mares sus espumas,  
viste a la águila de plumas,  
y hace cuando el sol asoma  
desaparecer las brumas.  
Tiende de la noche el manto,  
de la flor abre el capullo,  
da al arroyo su murmullo,  
al ruiseñor da su canto  
y a la tórtola su arrullo.  
Al iris le da colores,  
matiz a las flores bellas,  
el cielo riega de estrellas,  
y el campo siembra de flores  
que son de su amor las huellas.  
Las olas del mar sujeta  
o las subleva a su antojo,  
el mundo teme su enojo  
porque su enojo respeta  
desde el roble hasta el rastrojo.  
Débil luz de su pupila  
es del sol el resplandor,  
y un destello de su amor  
cada estrella que titila,  
con apacible fulgor.  
Y también esta palabra  
que en tu seno, Fulvia, vibra  
e hiriéndolo fibra a fibra  
tu eterna ventura labra...

FULVIA.-¡Mata!

VASCO.-De sufrir te libra  
porque ese Dios grande y sabio  
que desde el cielo nos mira,  
es el mismo que la inspira,  
a mi moribundo labio.

FULVIA.-¡Creo que mi razón delira!

VASCO.-No delira, Fulvia, no;  
es que se alumbra tu mente  
con la luz indeficiente  
de la fe.

FULVIA.-¡Quién sabe! yo

siento quemarse mi frente.

VASCO.-Verás cómo de ese fuego  
dulce calma viene en pos,  
porque te lo manda Dios  
a purificarte, y luego  
con Él nos lleva a los dos.

FULVIA.-¡A los dos! ¡Vasco! ¿Qué dices?  
¿De ese Dios que es tu creencia  
ante la sacra presencia,  
seremos los dos felices  
uniendo nuestra existencia?

VASCO.-Sí, Fulvia, creyendo en Él.

FULVIA.-En un ser que así es amor  
que en otro mundo mejor,  
premia a la criatura fiel  
¿Cómo no esperas?  
(Con mucho fervor.) ¡Señor!  
Ya que mi pobre razón  
alumbraste desde allí  
tu rayo mandando a mí.  
Oye ahora mi corazón  
que te dice: ¡Yo, creo en ti!

(Cayendo de rodillas y levantando las manos al cielo.)

VASCO.-(Con transporte.) ¡Señor! tu poder adora  
mi pobre y humana mente.

(Señalando a Fulvia.)

Y pues ya es tuya, clemente  
mádanos la muerte ahora.

(Oliver seguido de soldados y acompañado de un sacerdote y del verdugo que  
traerá el hacha en la mano se presenta en escena.)

#### ESCENA IV

(Vasco, Fulvia, Oliver con su acompañamiento y el centinela en su puesto)



FULVIA. (Levantándose sobresaltada.) ¿Qué quiere, Vasco, esa gente?

OLIVER.-¿Estáis, don Vasco, dispuesto?

VASCO.-La víctima pronta está.

FULVIA.-Decid Oliver ¿qué es esto?

OLIVER.-Que el cadalso espera ya.

VASCO.-¡Ah! ¡callad! que...

FULVIA.-¡Me estremezco!

OLIVER.-¿Venís?

VASCO.-¡Callad!

OLIVER.-A llevarlo,  
y aunque en ello yo padezco  
no está en mi mano evitarlo.

VASCO.-¡Fulvia, adiós! vienen por mí.

(Fulvia abrazándose de Vasco.)

FULVIA.-Antes nos harán pedazos  
que me separen de ti,  
si te sujetan mis brazos.  
¡Ah crueles! ¡Venid! ¡Venid!  
Si tenéis pechos de hiena.

OLIVER.-Don Vasco, presto salid  
que don Pedrarias lo ordena.

FULVIA.-Decid que lo estorbo yo  
o llevadme a mí por él.

VASCO.-¡Déjame, Fulvia!

FULVIA.-No, no.

OLIVER.-Me obligáis a ser cruel.

FULVIA.-Una hora más, un instante.  
Esperad, ved que os lo ruego.

OLIVER.-¡Imposible!

FULVIA.-De diamante  
tenéis el pecho, estáis ciegos  
pues no veis el llanto mío.

VASCO.-*(Aparte.)* ¡Habrá tormento mayor!  
¡Habrá dolor más impío!  
*(Alto.)* Déjame, Fulvia, por Dios.

FULVIA.-No Vasco, no puede ser.

OLIVER.-*(A los soldados.)* Apartadlos a los dos  
y cuidad de esa mujer.

*(Los soldados se esfuerzan por arrancar a Fulvia de los brazos de Vasco hasta conseguirlo.)*

FULVIA.-Quitad, lo intentáis en vano.

VASCO.- Imposible es resistir.

*(Los soldados los separan.)*

FULVIA.-¡Ah!

OLIVER.-¡Por fin!

VASCO.-¡Dios soberano!

FULVIA.-Con él llevadme a morir.

VASCO.-Vamos, capitán.

OLIVER.-Sí, vamos.

FULVIA.-Iré de su huella en pos.

VASCO.-Fulvia, aquí nos separamos  
para unirnos allá.  
*(Señalando el cielo.)*  
¡Adiós!

*(Con solemnidad tendiendo los brazos a Fulvia al salir.)*

FULVIA.-{Queriendo seguirlo.) ¡Espera!

OLIVER.-{Deteniéndola.) ¿Qué vais a hacer?

FULVIA.-¡A seguirlo!... ¿Dónde vas?

OLIVER.-{Al centinela al irse.)  
Que no salga esa mujer.

FULVIA.-¡Espera!... ¡No puedo más!

(Retrocediendo se deja caer en un banco.)

## ESCENA V

(Fulvia, el centinela en su puesto.)

FULVIA: (Después de un momento de silencio, se levanta con semblante despavorido y recorriendo la escena con la vista, dice.)

¡Sola en el mundo para siempre! ¡Sola!  
Nada en el porvenir mi mente alcanza,  
y en el cadalso la ambición inmola,  
mi postrimera, mi única esperanza.  
¡En el cadalso!... ¡Sí! ¡qué horrible idea!  
¡Mi pobre mente de improviso asalta!  
¡En el cadalso! ¡Sí!... ¡Sangre gotea!  
Y en él del tronco la cabeza salta...  
¡Verdugos, esperad!... No así crueles  
sobre él alcéis vuestra cuchilla, cruenta,  
mirad que de la gloria los laureles  
aquella frente sin mancilla ostenta...  
¡No me oyen! ¡despiadados!... suben lentos  
con firme paso la terrible escala.  
¡Esperad!... ¡Esperad! a mis acentos  
Vasco no más el cielo me señala...  
¡Ya se alza la cuchilla furibunda!...  
"Te espero allí" su labio pronunció...  
¡Ese rumor!... La sangre el suelo inunda...  
¡Es la suya! ¡De Vasco! ¡Cielos!... ¡Oh!...

(Horrorizada se cubre la cara con las manos, da algunos pasos vacilantes, cae sobre un banco y luego continúa.)

¡Nada se escucha ya!... Ningún gemido  
altera está quietud, turba esta calma...  
El corazón aquí siento oprimido  
y en el aliento se me escapa el alma.  
¡Vasco! ¡Mi amor! ¿En dónde estás?  
¿En dónde?  
Te busco por doquier... ¡Es vano anhelo!...  
¡Ya me escuchó por fin! ¡Ya me responde!...  
¿Dónde suena su voz?... Allá... ¡En el cielo!  
Y te miro tenderme los brazos  
de las alas de un ángel al abrigo.  
¿Quieres que rompa los mundanos lazos?  
Espérame, mi bien, que ya te sigo.  
(Cae desfallecida.)

#### ESCENA VI

(Fulvia, doña Isabel que entra apresurada por el fondo.)

DOÑA ISABEL.-¡Fulvia! ¡Fulvia!

FULVIA.-(Con alegría) ¿De contento  
sois acaso mensajera?

DOÑA ISABEL.-Una esperanza postrera  
nos queda en este momento.  
en este cofre guardada.

FULVIA.-Es su porvenir entero...

DOÑA ISABEL.-(Apoderándose violentamente del cofre.)  
Pero su vida es primero.

FULVIA.-¡Señora...!

DOÑA ISABEL.-No escucho nada.

(Sacando las cartas y dirigiéndose hacia la puerta.)

Para Pedrarias la gloria, mas la vida para él.

FULVIA.-(Deteniéndola.) Pero ved, señora, doña Isabel,  
que me confió su memoria.

DOÑA ISABEL.-Mas va de la muerte en pos  
y nosotros le matamos.

FULVIA.-*(Con resolución.)*  
¡Ah! ¡nunca! a salvarlo vamos.

DOÑA ISABEL.-¡Salvadlo vos misma, vos!

FULVIA.-¿Será tiempo todavía?

DOÑA ISABEL.-¡Vamos! del cielo el favor....  
*(Al llegar a la puerta una voz dice dentro:)"*

Voz.-¡Dad paso al Gobernador!

*(Pedrarias se presentó en la puerta del fondo con horrible tranquilidad.)*

DOÑA ISABEL.-¡Ay! el cielo nos lo envía...

## ESCENA ÚLTIMA

*(Los anteriores, Pedrarias: con horrible frialdad da algunos pasos en la escena. Doña Isabel y Fulvia con las cartas en la mano se arrojan a sus pies.)*

PEDRARIAS.-¡Fulvia! ¡Doña Isabel! alzádel suelo.

FULVIA.-Vengo con mi alma de dolor transida  
del nuevo mar las cartas a entregaros.

DOÑA ISABEL.-Y a un tiempo a demandaros...

FULVIA.-Que de don Vasco nos volváis la vida.

PEDRARIAS.-*(Levantándola.)* Las dos del suelo alzádel.

FULVIA: Pero al verdugo le mandad que aguarde.

DOÑA ISABEL.-Hacedlo, por piedad.

PEDRARIAS.-¡Mirad! ¡Ya es tarde!

*(Pedrarias abre la ventana de la izquierda y señala el cadáver de Vasco que se supone verse desde allí.)*

FULVIA.-¡Muerto! (Con acento terrible de dolor.)

DOÑA ISABEL.-(Cubriéndose la cara con las manos con el mismo acento.)  
Muerto!

FULVIA.-(Dando algunos pasos vacilantes.)  
¡Ah!... ¡Ah!

(Cayendo muerta lo más inmediatamente posible a la ventana adonde hizo ademán de ir.)

DOÑA ISABEL.-(Con solemnidad y recogiendo las cartas que Fulvia habrá dejado caer al morir.)

¡Yo salvaré su memoria!  
Su cadáver yace allí,  
y su amor muerto está aquí,  
pero aquí vive su gloria!

(Doña Isabel que ha recogido las cartas levantando una de ellas en alto, la desenrolla dejándola ver y señalándola con la otra mano dice el último verso y cae el telón.)

FIN